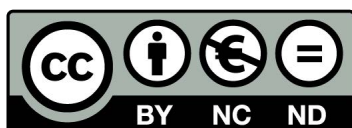


En torno a Joaquín Costa

CONFERENCIAS DE BARCELONA. 2010



La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
<https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/3250>



Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- **BY (Reconocimiento):** Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- **NC (No comercial):** La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.
- **ND (Sin obras derivadas):** La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

**Conferencias de Barcelona
2010
En torno a Joaquín Costa**

**Conferencias de Barcelona
2010**

En torno a Joaquín Costa



**C. Gómez Benito, J. C. Ara Torralba,
J. L. Calvo Carilla, E. Fernández Clemente,
J. Fontana**

Presentación

Carlos Forcadell Álvarez



INSTITUCIÓN «FERNANDO EL CATÓLICO» (C.S.I.C.)
Excma. Diputación de Zaragoza
ZARAGOZA, 2012

Publicación número 3187
de la Institución «Fernando el Católico»,
Organismo autónomo de la Excm. Diputación de Zaragoza
Plaza de España, 2 · 50071 Zaragoza (España)
Tels. [34] 976 28 88 78/79 · Fax [34] 976 28 88 69
ifc@dpz.es
www. ifc.dpz.es

© Los autores
© De la presente edición, Institución «Fernando el Católico» y
Universidad de Zaragoza

ISBN: 978-84-9911-205-3
DEPÓSITO LEGAL: Z 2075-2012
PREIMPRESIÓN: Fototype, S.L. Zaragoza
IMPRESIÓN: Los Fueros, Artes Gráficas. Zaragoza

IMPRESO EN ESPAÑA. UNIÓN EUROPEA

ÍNDICE

Presentación	
<i>Carlos Forcadell Álvarez</i>	9
Una introducción al pensamiento reformista de Joaquín Costa	
<i>Cristóbal Gómez Benito</i>	13
Costa según Costa: notas y escritos autobiográficos (1864-1878)	
<i>Juan Carlos Ara Torralba</i>	27
Costa y algunos narradores aragoneses de su tiempo: García Mercadal, un novelista justiciero	
<i>José Luis Calvo Carilla</i>	37
La obra costista de George J. G. Cheyne	
<i>Eloy Fernández Clemente</i>	55
El estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa de Cheyne	
<i>Josep Fontana</i>	75

PRESENTACIÓN

No podía estar ausente el Centro Aragonés de Barcelona en el aniversario del fallecimiento de Joaquín Costa. Este libro recoge las intervenciones de un ciclo de charlas organizado «en torno a Joaquín Costa», tempranamente, en el año 2010, en colaboración con la Institución «Fernando el Católico», organismo autónomo de la Diputación de Zaragoza. La relación entre ambas instituciones, la barcelonesa y la zaragozana, viene de lejos, ya que fue en 1956 cuando la IFC decidió establecer una delegación propia en el Centro, buscando desde entonces una presencia entre los aragoneses de Barcelona que, desde 2003, se concreta en la organización de cursos anuales de conferencias y en otras formas de colaboración.

Costa, como subrayan sus biógrafos, recordaba como sus años más felices aquellos, a mediados de los noventa del siglo XIX, en que vivió familiarmente con Isabel Palacín, Elisa, y con su hija Pilar, la Antígone de imposible bautismo, en la barcelonesa calle de Trafalgar. El Centro Aragonés de Barcelona fue creado a principios de 1909 y poco después comenzó a publicar sus boletines de información para los socios. En esos momentos, Joaquín Costa, ya retirado en Graus, era el intelectual de mayor relevancia en la España de la época y de mayor dimensión en la opinión pública nacional. Para la primera generación de emigrantes aragoneses que estaban organizando sus intereses, sus formas de sociabilidad, su identidad de origen, en la Barcelona de comienzos del siglo XX, la persona de Costa, sus resonantes críticas, sus ideas, programas y proyectos constituían una referencia fundamental, que exhibían con orgullo, como manifiesta la consulta de los primeros Boletines del Centro, el seguimiento de su enfermedad, el intercambio de cartas entre el Centro y su hermano Tomás, la asistencia institucional a su multitudinario entierro en 1911 en el cementerio de Torrero, la colaboración en la construcción de su panteón, los desplazamientos a Graus en el aniversario de su fallecimiento... etc. El peso y la influencia del Centro Aragonés en Barcelona consiguió que el Ayuntamiento de Barcelona, en 1923, cambiase el nombre de la calle Ponent por el de Joaquín Costa. También la sala de conferencias del magnífico edificio del Centro, construido por Miguel Ángel Navarro, inaugurado en 1916, lleva su nombre. Es la Sala Costa.¹

.....
¹ Hay más información sobre estos aspectos en Alejandro Martín Sanz: «Siete llaves al sepulcro de Costa; el costismo y los orígenes del Centro Aragonés de Barcelona», *Boletín* nº 451, enero-marzo de 2011;

Con este pequeño volumen el Centro Aragonés de Barcelona se suma a los estudios y revisiones que la celebración del centenario de la muerte de Joaquín Costa ha aportado al conocimiento de su persona y de su obra, un terreno, el del recuerdo conmemorativo, en el que «el mejor remedio para evitar el duelo perpetuo y los sentimientos melancólicos que invaden los actos de memoria se encuentra en la investigación precisa y la práctica rigurosa de la historia».²

Efectivamente, al revisitar hoy la significación histórica de Costa, como hacen los autores y los textos que aquí se recogen, se ha podido observar y comprender mejor que la relación entre la obra escrita por Costa hasta fines del ochocientos y sus empresas políticas fue muy estrecha, tanto como coherente es una obra tan amplia y dispersa como la suya. Para recomponer en la actualidad la obra y la personalidad de Costa, y para que puedan ser reconocidas como destacados testimonios de nuestra historia intelectual y cultural, se imponen, como vías de trabajo, un par de evidencias, normalmente frecuentadas por los historiadores: la consideración, por una parte, de la radical unicidad entre su obra escrita y su acción política, una coherencia y lógica interna que también existe en el interior de esa vasta y heterogénea obra publicada que intérpretes o usuarios de Costa han troceado inmisericordemente (Costa jurista, sociólogo, historiador, geógrafo, economista, agrarista, filólogo, novelista...), con el efecto de adjudicarle para la posteridad la imagen —escasamente atractiva— que nos ha llegado de él como un polígrafo de curiosidad compulsiva y erudición incontrolada, distraído en una multiplicidad de temas por su propensión a la grafomanía; aunque no es extraño que la obra de Costa haya podido parecer el desván o cacharrería de un ávido anticuario en el que se acumulan desordenadamente pensamientos y textos, por lo general bien razonados y documentados, sobre los precios de la cebada o de los garbanzos, el cultivo del algodón y del azúcar en Luisiana, diseños de bicicletas o de segadoras, el derecho consuetudinario, fueros, códigos o fideicomisos, la exploración de África o de Micronesia, las viviendas para obreros, refranes y romances, celtíberos e iberos, la historia nacional y su temprana propuesta de contarla en «novelas nacionales» (1874), etc. Esa imagen de autor de un centón de obras dispersas, de un Costa pedagogo, historiador, jurista, sociólogo..., ha perjudicado la comprensión de su obra y ha ocultado la condición real de su sistema crítico global de análisis y propuestas.

también en Carlos Serrano Lacarra: «Tratamiento, interpretaciones y mitificación de la figura y obra de Joaquín Costa», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, nº 13, 1996.

² El balance más completo de las aportaciones al conocimiento de la significación histórica de Joaquín Costa, en la ocasión de su recuerdo centenario, en Ignacio Peiró: «En este valle de lágrimas: los libros del Centenario de Joaquín Costa», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, octubre 2011, nº 82, pp. 77-93, quien señala que la celebración «ha servido para contrarrestar los efectos provocados por la acumulación de lugares comunes...» (p. 91).

La reconstrucción de esa coherencia, sistematicidad y organicidad existente en el conjunto de sus escritos y entre ellos y su práctica política o pública es lo que permite valorar la importancia historiográfica de su obra, una operación que inició Cheyne hace 40 años y que nuestro tiempo exige continuar y renovar. Y es el «Regeneracionismo», como ideología y doctrina profunda y transversalmente asumida en amplios sectores de la sociedad española y en toda clase de programas políticos, el factor que mejor puede articular la biografía intelectual y política de Joaquín Costa y su obra, organizada en torno a dos dimensiones principales: una de crítica económica y de propuestas reformadoras agrarias, otra de crítica política, acompañada de programas y proyectos políticos. El Regeneracionismo parte de una conciencia de atraso comparativo, ya percibido por el joven Joaquín en su estancia en París antes del 68, y se despliega a partir de un contenido de crítica y propuestas económicas y de una dimensión política de crítica y revisión del sistema político de la Restauración, críticas económicas y políticas estrechamente interrelacionadas e insertas en una concepción de la cultura inseparable de la historia y de la tradición de un pasado recreado como guía ejemplar para el presente. Todos estos temas dan forma coherente a las empresas intelectuales y políticas de Costa, así como a la totalidad de su obra, que integra una interpretación histórica del pasado, una prospectiva de futuro y una variable adaptación táctica al presente.³

En las siguientes páginas Cristóbal Gómez Benito traza la coherencia del pensamiento reformista de Joaquín Costa con sus programas políticos de reforma económica, agraria y política; Eloy Fernández Clemente nos introduce en el conocimiento y en el taller de historiador de George J. G. Cheyne, cuyo imponente estudio bibliográfico sobre la obra de Costa es glosado por el maestro de historiadores Josep Fontana; las notas y escritos autobiográficos del grausino son analizadas por Juan Carlos Ara Torralba, quien mejor crítica filológica ha practicado sobre estos textos, inéditos en parte;⁴ y, José Luis Calvo Carilla contextualiza a Costa entre los escritores regeneracionistas aragoneses de su tiempo.

Conviene recordar, en estos tiempos en los que se recorre con demasiada facilidad y peligro la pendiente de la **deslegitimación de la política**, que lo que practicaba y proponía Costa era una **crítica política y de la política**, por muy

³ Una buena síntesis de investigaciones recientes y reinterpretaciones sobre Costa y el costismo, en el libro colectivo *Joaquín Costa y la modernización de España* (C. Gómez Benito, coord.), Congreso de los Diputados, Madrid, 2011, 679 p., que recoge las ponencias presentadas al congreso nacional que, con el mismo título, se reunió en la Residencia de Estudiantes madrileña (8-10 de marzo de 2011). Algunas de las ideas aquí expresadas en C. Forcadell: «De la escritura a la política. Los usos públicos del pensamiento de Costa», en *Joaquín Costa, el fabricante de ideas*, Gobierno de Aragón, Zaragoza, 2011, pp. 281-308, el volumen publicado con motivo de la exposición del mismo nombre, que ha contribuido a la difusión de la biografía y la obra de Costa desde parámetros interpretativos actuales.

⁴ Una de las principales aportaciones del centenario ha sido la edición crítica que J. C. Ara Torralba ha realizado de sus memorias: J. Costa, *Memorias*, Zaragoza, PUZ, IEA, IET, IFC, 2011, 569 p.

vehemente que fuera su lenguaje, o la desmesura retórica sin freno de su radiografía crítica de la política y del parlamentarismo concretamente existente. Su resonante intervención sobre *Oligarquía y caciquismo* (1901) fue usada históricamente como legitimación ideológica de todas las políticas antiliberales y antiparlamentarias posteriores, que fueron muchas y muy persistentes, y corren el riesgo de renovarse en nuestros días. Pero un análisis y una correcta contextualización de su discurso nos demuestra que el objetivo, en sus propias palabras, consistía en crear las condiciones «para que pueda aclimatarse un régimen europeo de libertad, de gobierno del país por el país». La crítica política de Costa era magnífica, pero, con posterioridad a su muerte, fue utilizada como fundamento doctrinal de una crítica antiliberal y antiparlamentaria, falseando su significado histórico real cuando llegó el tiempo del ascenso de dictadores y fascismos. Pero, para nuestro intelectual regeneracionista, por muy airado, «indignado» y frustrado que estuviera, no existía cosa con que sustituir al régimen parlamentario y «su simple amputación sería más dañosa que la propia dolencia», afirmaciones y frases después tantas veces evaporadas, ya desde las ediciones de la Biblioteca Costa, y que convendría que no necesitaran ser recordadas en el horizonte de nuestras crisis y problemas actuales.

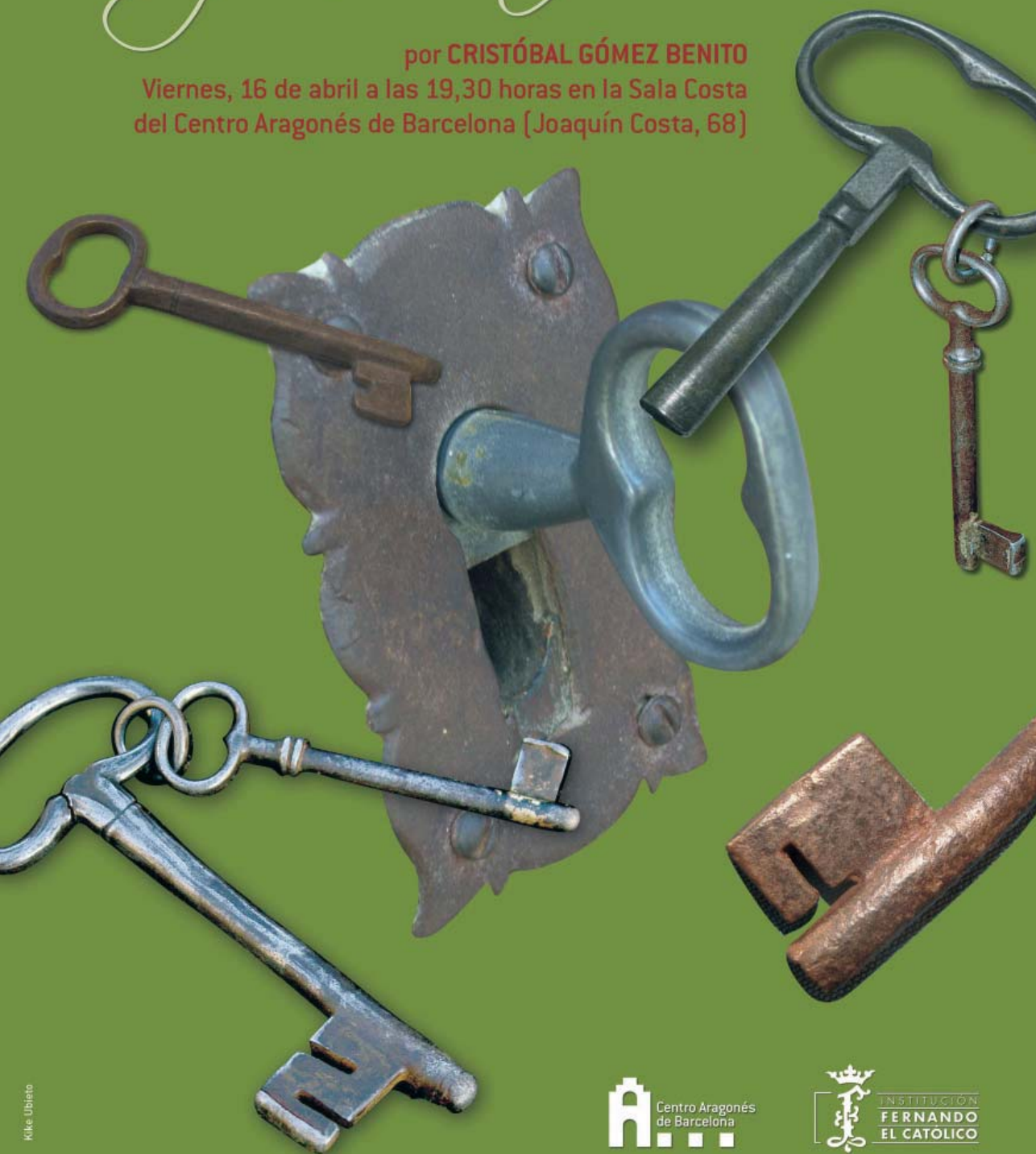
CARLOS FORCADELL ÁLVAREZ
Director de la Institución «Fernando el Católico»

Joaquín Costa

y la cuestión social

por **CRISTÓBAL GÓMEZ BENITO**

Viernes, 16 de abril a las 19,30 horas en la Sala Costa
del Centro Aragonés de Barcelona (Joaquín Costa, 68)



UNA INTRODUCCIÓN AL PENSAMIENTO REFORMISTA DE JOAQUÍN COSTA¹

CRISTÓBAL GÓMEZ BENITO

SOCIÓLOGO
UNED

Buenas tardes, quiero agradecer en primer lugar a la Institución «Fernando el Católico», en la persona de su director, el profesor Carlos Forcadell, y al Centro Aragonés de Barcelona, en la persona de su presidente, Jacinto Bello, el haberme dado la oportunidad de estar aquí con ustedes para hablar en torno a un aspecto de la obra de Costa, dentro de un ciclo que puede considerarse como prólogo del centenario de la muerte del gran pensador altoaragonés que se celebrará durante 2011. Un centenario que esperamos que pueda servir sobre todo para una cosa, para rescatar, reivindicar y poner en el lugar que se merece la obra, el pensamiento y la personalidad de Costa, sin duda alguna el intelectual español que mejor reunió en su propia persona diversas condiciones importantísimas. Antes de presentar a Costa como reformador social, especialmente como reformador agrario, quiero apuntar algunas peculiaridades de la figura de Costa.

Y para empezar quiero referirme a la gran paradoja del «caso» Costa: fue un gran político, aunque no desarrolló funciones de gobierno, ni siquiera llegó a estar en el Parlamento, pero su influencia política se dejó sentir no solamente en la España de su época, sino también hasta los años treinta del siglo XX. Fue un gran maestro y un gran intelectual, aunque no llegó a estar nunca en la universidad, pues por diferentes motivos se le cerraron sus puertas. Dejó una gran escuela, un gran legado en intelectuales de primera fila, como pudieron ser, entre otros muchos, Rafael Altamira, Pedregal, Salillas, Posada, etcétera, pero también dejó una gran huella en otros intelectuales como José Ortega y Gasset y Azaña, especialmente en su juventud, o en Unamuno, Azorín, Maeztu y otros muchos. Fue, como intelectual, una persona que desarrolló un trabajo ingente. Su obra es inmensa en campos tan dispares como la sociología, la historia antigua, la histo-

.....
¹ Transcripción de la conferencia impartida en el Centro Aragonés de Barcelona el día 16 de abril de 2010. Se ha respetado básicamente el texto original, corrigiendo formas, redundancias y errores de la expresión hablada, no leída y ligando mejor las diversas partes del texto.

ria contemporánea, la historia medieval, la pedagogía, la agricultura, el derecho, la geografía, la economía, la antropología, etcétera. Fue creador o impulsor de numerosas asociaciones como la Sociedad de Geografía Comercial y la de Africanistas, la Asociación para la Defensa del Libre Comercio, la Sociedad Abolicionista (de la esclavitud) y otras diversas organizaciones, como la Liga de Contribuyentes de Ribagorza, la Cámara Agrícola del Alto Aragón, o la Liga Nacional de Productores. Intervino en todos los acontecimientos importantes que hubo en el último tercio del siglo XIX. Fue la figura intelectual más importante, la principal referencia moral en su época, especialmente a partir de 1898, tras el «desastre»; no hay ahora mismo en España, ni la ha habido en todo el siglo XX, una persona que haya sido el referente intelectual que significó Costa en su momento. Los más destacados intelectuales le reclamaron no pocas veces para que se pronunciase sobre diversas cuestiones cruciales para el país. No ha habido nadie, como digo, en la historia contemporánea española que haya sido una referencia colectiva tan destacada como Costa. Como se ha dicho, Costa fue la conciencia de España desde 1898 hasta su muerte en 1911. Pero a pesar de todos esos méritos, la fama de Costa declinó a mediados del siglo XX y hoy es casi un personaje prácticamente desconocido entre las nuevas generaciones y está poco presente en la literatura académica actual, si bien sigue siendo uno de los autores que es objeto de estudio por muchos especialistas de diversas disciplinas. Por eso, uno de los objetivos del centenario precisamente será reivindicar y dar a conocer a las generaciones más jóvenes la importancia que tuvo su obra.

Otro rasgo importante a destacar de la figura de Costa es que su pensamiento está en el centro, no político o ideológico, sino en el centro generador de un clima intelectual del que saldrán muchas derivaciones. De tal modo que desde el anarquismo hasta la extrema derecha han encontrado en las palabras de Costa, o en el pensamiento de Costa, referencias o guías para su actuación. Eso le ha beneficiado y le ha perjudicado. Le ha beneficiado porque demuestra la amplitud, complejidad y potencia de su pensamiento, y le ha perjudicado porque ha contribuido a crear, a veces, una imagen de Costa llena de contradicciones, confusa, si bien, una lectura atenta, profunda y sistemática de sus escritos pone en cuestión esa dispersión o esa confusión en su pensamiento, como se le ha criticado algunas veces. Se trata, pues, más de usos públicos de Costa que de la existencia de muchos Costas, contradictorios entre sí.

Un tercer rasgo muy peculiar es que Costa se ocupó de la gran política, de las cuestiones del poder, de las cuestiones de la democracia, de las cuestiones del parlamentarismo, de los partidos políticos, en fin, de las cuestiones de la teoría política. Aunque no fue un teórico de la política, se ocupó ampliamente de cuestiones políticas, de lo que se entiende por «LA» política. Pero se ocupó también, y eso es una cosa novedosa y original y única en el panorama español, y rara en cualquier circunstancia, de «LAS» políticas concretas: de la política comercial, de

la política agraria, de la política colonial, de la política pedagógica, de la política económica, hidráulica, etcétera. Reunía en su persona la condición del intelectual y del político, del científico social y del experto en multitud de campos. No hubo nadie en España que reuniera a la vez todos esos perfiles de forma tan notable. Por un lado, su excelencia como intelectual y como político, y por otro su competencia en el conocimiento de políticas concretas a las que él aportó numerosas iniciativas.

Un cuarto rasgo es que el programa de Costa tenía un carácter práctico, aplicable, contrastado por la experiencia (en la tradición española o en el ámbito internacional). Su obsesión era que las políticas fueran gacetables, que se pudieran llevar a la gaceta (el BOE de entonces) para hacerse prácticas, que fueran aplicables y ejecutables. Ese es uno de los componentes que también ha hecho que algunas veces a Costa se le vea como un técnico que ha tocado diversos temas y se haya difuminado (por su dispersión y el alcance de su obra) su valor como intelectual de primera fila y que con pleno derecho le corresponde. Una persona que estaba al día de muchas cosas de lo que pasaba por Europa y por el mundo, que estaba al día de la literatura más reciente en muchos de los campos del saber y hay que tener en cuenta el mérito que eso supone en una época donde moverse era tan difícil, pues las comunicaciones no eran lo que son ahora y donde los medios para acceder a la información eran tan escasos.

Toda la grandeza del pensamiento, de la obra y de la acción pública de Costa se acrecienta si tenemos en cuenta sus difíciles condiciones personales. A una enfermedad crónica y degenerativa que se le manifiesta muy temprano, a los 18 años, hay que añadir la pobreza de origen, en la que vivió casi toda su vida, y su soledad. Costa fue un hombre que renunció a un bienestar material, cuando se convierte en oficial letrado (lo que hoy es abogado del Estado) y en notario, por sus aspiraciones intelectuales y su compromiso público, decisión tanto más sorprendente por cuanto Costa era de origen muy humilde. Era el hijo mayor de una familia de pequeños campesinos de Monzón que emigran a Graus y estuvo trabajando en el campo ayudando a su padre hasta que a los 18 años rompió con esa condición familiar con un gran desgarramiento personal, por sacrificar a su familia en favor de su vocación intelectual. Él mismo dijo una vez, en sus últimos años, que era un labriego forrado de intelectual. Ese origen humilde, pequeño-campesino, le hace sentirse molesto en el ambiente intelectual de la capital, de Madrid. Él siempre fue una persona desclasada que no quiso renunciar a sus orígenes, pero a la vez supo que su ambiente natural estaba en el mundo universitario, en el mundo de los intelectuales, en el mundo de la política madrileña, de la política nacional, pero siempre se encontró incómodo e incomprendido.

En 1864 se marcha a Huesca, para estudiar al mismo tiempo que trabaja. Lo hace como criado de un familiar lejano suyo, es el que le lleva el coche de ca-

ballos y por la noche estudia en el Instituto de Huesca. Antes de acabar el bachillerato destaca por sus dotes, por su inteligencia, por su capacidad de aprendizaje, se convierte en ayudante de clases prácticas y por la noche estudia el último curso. Su vocación pedagógica fue permanente siempre.

La vocación modernizadora de Costa se despierta en 1867, cuando marcha a París a la Exposición Universal como obrero de mantenimiento del Pabellón Español. Durante su estancia asume tareas más amplias, como la de guía de la muestra a los visitantes españoles y extranjeros. Allí descubre lo que es la civilización moderna. En la Exposición Universal de París se encuentra con los mayores adelantos de su época y es en ese momento cuando toma conciencia de forma dramática del tremendo atraso de su país, cuando la contrasta con la situación aragonesa y la situación española.

Durante su estancia en París escribe unas crónicas que va mandando a un periódico de Huesca y luego, con esos artículos y otros que elabora después, edita su primer libro: *Ideas apuntadas para España y para Huesca en la Exposición Universal de París de 1867*. Es su primera obra donde intenta ofrecer soluciones a los problemas del atraso económico y social español, ideas que van a estar siempre presentes en el pensamiento de Costa, desde su etapa de juventud hasta el final. Si bien con el tiempo las irá reelaborando, perfilando y desarrollando, las ideas básicas están ahí en ese primer libro y en los escritos de su época.

Costa llega a Madrid en 1869 para estudiar Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad Central, doctorándose en ambas carreras en 1874 y 1875 respectivamente, al tiempo que trabaja y vive en medio de una gran precariedad económica y laboral. Allí encuentra a los que van a ser sus grandes maestros: Francisco Giner, Gumersindo de Azcárate, Salmerón, etcétera. Y encuentra en la filosofía krausista el marco teórico adecuado a sus ideas, además de enriquecer su pensamiento con otras influencias doctrinales. Entre la finalización de sus estudios universitarios y 1890, Costa se convertirá en un intelectual y un profesional de reconocido prestigio, con una intensa y activa vida pública, de investigador y escritor. En 1876 colabora en la creación de la Institución Libre de Enseñanza, junto a los profesores que habían sido expulsados de la Universidad tras la Restauración (1874-1875) monárquica que sucede al fracaso de la Primera República, liderados por Giner de los Ríos. Costa, que en 1874 había obtenido una plaza de profesor supernumerario (contratado, digamos), se solidariza con los expulsados y abandona su plaza y con ello se le cierran definitivamente las puertas de la Universidad, pues, cuando unos años después esos profesores son restituidos en sus plazas, Costa no puede volver a la suya porque no era numerario (funcionario).

La Institución Libre de Enseñanza tendría una gran influencia en la cultura española finisecular y durante la primera mitad del siglo XX hasta la Guerra Civil, creando una gran renovación de los estudios básicos y superiores en España.

Costa participó activamente en ella desde 1880 hasta 1885, como profesor y director de su Boletín. Con Giner de los Ríos siempre le unió una gran amistad personal y un gran afecto, además de considerarle su consejero y maestro, si bien esa relación no estuvo libre de tensiones. Costa no se integró bien en el ambiente institucionista. Tuvo un acomodo difícil, porque él mantuvo siempre, por ese origen pequeño-campesino, una gran sensibilidad social, un mayor sentido de la realidad, una acusada comprensión de las necesidades de las clases más desfavorecidas. Siempre vio con prevención el mundo de los intelectuales, alejados de la realidad y del mundo de la política e, incluso, del mundo de los funcionarios. Fue permanentemente un crítico de aquellos de los que él decía que vivían del presupuesto. Él se negó casi siempre a vivir del presupuesto. Fue pobre toda su vida. Como ya he dicho, llegó a ser notario varias veces y abogado del Estado, estuvo en Cuenca, Fuenterrabía, Jaén, León, Huesca..., pero su mundo, su lugar, debía estar en Madrid, donde podía influir en la vida política y por ello renunciaba a las plazas que obtenía, con lo cual siempre vivió con cierta precariedad. Viendo su despacho en la casa de su hermana en Graus, se perciben las pobres condiciones de su existencia. Es una habitación llena de libros, la de una persona con unas condiciones de vida totalmente modestas y precarias, que a pesar de todo eso, de una enfermedad que se le empieza a manifestar en sus años de juventud y de la cual muere finalmente, que le inmovilizaba muchas veces el brazo y no podía escribir, que a pesar de sus limitaciones físicas, de su soledad profunda, de su incomprensión en muchos aspectos, desarrolló una obra extraordinaria que, como digo, hay que reconocer y reivindicar como una de las grandes obras del pensamiento español contemporáneo.

Se ha hablado, entre sus primeros biógrafos, del infortunio de Costa. Costa tuvo mala suerte, no se pudo casar con la mujer que quería porque la familia de ella era carlista y no la autorizaron a que se casara con una persona que era un librepensador. Se le escamotearon las cátedras, fundó un partido político como alternativa a los partidos de la Restauración, pero se quedó sin partido. En fin, fue toda una sucesión de fracasos personales que le hacen todavía mucho más grande.

Y otro de los aspectos del infortunio de Costa es que su pensamiento fue muy manipulado, como ocurre en el caso de su famosa expresión del «Cirujano de hierro», de la que tanto se ha abusado y se ha malinterpretado, achacándole que está reivindicando la dictadura, como dijo Tierno Galván en un ensayo sobre Costa, al que califica de prefascista, y nada más lejos del pensamiento de Costa. Él, en ese cirujano de hierro, que es un concepto más intuitivo que un elemento doctrinal elaborado, está pensando en alguien que pueda romper el nudo gordiano del caciquismo, que bloquea cualquier intento de reforma social y económica y política profunda del país. Él se vio a veces como ese cirujano de hierro, pero no es la figura del dictador que se impone con un golpe de fuerza, que impone

una limitación de las libertades. Para Costa el concepto de cirujano de hierro tiene que ver más con el concepto que había en la república romana del dictador. El dictador en la república romana era un personaje que el senado de Roma, en circunstancias de crisis o amenaza grave, designaba eligiendo a una persona notable, le daba plenos poderes durante un tiempo limitado para que pudiera atender o resolver la crisis de ese momento; durante ese periodo limitado, era intocable, pero pasado ese periodo podía ser juzgado por lo que había hecho durante ese mandato y volvía a su vida normal. Él se ve también como un personaje al que una movilización popular le lleve a encabezar un cambio de la clase política y con amplios poderes ejecutivos, a la manera del sistema presidencialista norteamericano, para evitar el bloqueo de la oligarquía parlamentaria. Reclama el modelo presidencialista norteamericano, de un ejecutivo fuerte que pueda imponer las reformas necesarias para el país, y no la dictadura, que rechaza sin paliativos. Por lo tanto, la figura de cirujano de hierro no es la figura de un prefascista. Pero fue sobre todo a través de su hermano Tomás, partidario del General Primo de Rivera, como se identifica al dictador con el cirujano de hierro de Costa. Y más tarde, con el propio Franco. A diferencia de estos y de sus políticas de pantanos, la posición de Costa es la de una reforma completa, agronómica, económica y social de la agricultura española.

Hay, por consiguiente, una interpretación forzada de su pensamiento, que es extraña al propio Costa. Otra de esas limitadas interpretaciones es la consideración del programa agrario de Costa, basado en la política hidráulica, como un programa que enfatiza los aspectos técnicos, cuando es todo lo contrario, porque realmente en Costa hay un trasfondo social. Él lo que quiere a través de la política hidráulica, y de otras medidas, es transformar las condiciones de vida materiales de las clases populares posibilitando el acceso a la propiedad, convertir al país en una sociedad de pequeños propietarios que sean libres, autónomos. Él tiene una frase muy importante que cita continuamente desde sus años jóvenes: «Quien controla la llave del estómago, controla la llave de las conciencias», queriendo decir que mientras un pueblo no coma, no tenga educación y no tenga garantizadas las condiciones mínimas de vida, nunca será libre, no podrá ejercer el derecho a opinar, no podrá ejercer el derecho a votar, no podrá usar las instituciones democráticas, no tendrá acceso a los medios para influir en la vida política porque siempre será esclavo de quien le da de comer. Por lo tanto, su lema de «escuela y despensa» quiere decir que se creen las condiciones materiales para que el país sea libre realmente, y que todos sus habitantes sean verdaderos de modo que la democracia no sea algo que está en el frontispicio de las instituciones sino una realidad duradera, no para aumentar solo la productividad, sino para promover un auténtico desarrollo y con él la democracia. Porque el agua fracciona la propiedad, la reparte, hace que los que no tienen propiedad puedan acceder a ella porque aumenta la capacidad productiva. La política hi-

dráulica es una política que tiene una finalidad también política: cambiar la correlación de fuerzas de las clases sociales en el país. Por lo tanto, la política hidráulica no es una política meramente técnica, sino que es una política con una profunda finalidad social, que es lo que no han querido ver intencionadamente los que lo han reclamado en la época de los años veinte durante la dictadura de Primo de Rivera y durante los años cuarenta y cincuenta, sobre todo en la época del franquismo.

Cuando Costa escribe el famoso libro *Oligarquía y caciquismo en España* para criticar el sistema político de la Restauración forjada por Cánovas, España es un sistema parlamentario solo sobre el papel, pues el verdadero régimen sociopolítico de España es la oligarquía de tipo caciquil, que solo tiene la apariencia de un sistema parlamentario y democrático. Y para que deje de serlo, elabora un programa donde da prioridad a las reformas económicas y sociales sobre las reformas políticas. Y para ejecutar ese programa, hay que renovar la clase dirigente sustituyéndola por otra libre de la corrupción del sistema de la Restauración. Para ello convoca a las llamadas «clases productoras», las clases «neutras», las que viven de su trabajo y no de rentas. Costa es enemigo de la renta, de las clases que solo viven de la renta y del trabajo ajeno. Porque para él no hay propiedad legítima más que la que nace del trabajo y esfuerzo personal. Costa busca movilizar a todas las clases productoras, desde los intelectuales a los obreros de la industria y del campo, a los pequeños campesinos y a las clases medias productoras para crear un gran movimiento de regeneración en todo el país.

Cuando Costa muere estaba escribiendo el último libro, que lo dejó sin terminar; era un libro muy significativo, se llamaba *¿Por qué España no tiene aptitudes para ser una nación moderna?* En su análisis de cuáles son esas carencias, esa falta de aptitudes para ser una nación moderna, empieza por la geografía, analizando el territorio y las condiciones geográficas españolas y lo que producen, las dificultades de esa geografía para producir riqueza, hasta llegar a la raza, pasando por las instituciones y por la historia. Es un libro que resume realmente toda su labor intelectual desde el inicio. La idea de Costa como «polígrafo», como persona que se dedicó a muchos temas, que tan pronto estudiaba la cultura de los iberos, que pasaba de la historia antigua a la filosofía del derecho, de los estudios pedagógicos a la geografía colonial, a los estudios geográficos, de los estudios agronómicos a la historia de la revolución española, es decir, esa imagen de dispersión erudita, no le hace justicia. Y en realidad es lo contrario; es decir, cuando uno estudia la obra de Costa en profundidad, se da cuenta de la coherencia de que todas esas indagaciones son mediaciones necesarias para fundamentar su programa de reforma nacional, pues hay que tener en cuenta que en su época no había mucha información. Muchas veces tiene que generar la información original, porque no la hay, y entonces, si necesita profundizar en un aspecto histórico para avalar una tesis o una idea, tiene él mismo que elaborar esa información, ya que el desarro-

llo de las ciencias sociales históricas no era el que tenemos actualmente. Por eso tiene que ponerse él a investigar sobre esos mismos temas, así que supera la condición de erudito. Todas sus investigaciones tienen una finalidad, que se expresa muy bien en ese libro final e inconcluso que debería editarse, aunque no lo llegase a terminar, y que, como digo, resume muy bien todos sus afanes por conocer las condiciones por las que España ha devenido en una sociedad atrasada, en un país pobre que ha perdido presencia internacional, y cuáles son las condiciones o los remedios para salir de ese atraso, de esa postración. Hay que tener en cuenta al Costa de ese momento, que va a morir pronto, cuyo pesimismo sobre el país le lleva incluso a pensar que los problemas importantes de España no residen en otra cosa que en la biología, en una raza que no tiene remedio, lo que es producto de su situación final, enferma. Es curioso que una persona tan distante de Costa, con quien no polemizó porque era mucho más joven, pero que escribió reconociéndole su valía, pero al mismo tiempo criticándole que no entendiese bien cuáles eran los problemas de España, como era Azaña, cuando este escribe su libro *La velada en Benicarló*, un drama teatral donde resume el desastre de la guerra civil, se expresa en términos muy similares a ese pesimismo costiano que ha marcado durante mucho tiempo la forma de mirar el país.

Pues bien, cuando Costa estudia el derecho, cuando estudia la agricultura, cuando estudia la historia española, cuando estudia la situación social de las masas campesinas, sobre todo de los pequeños campesinos y de los jornaleros, está buscando, fundamentando, reuniendo información para proponer soluciones a los problemas del país.

Otra de las cuestiones importantes es que a Costa no se le puede entender bien en toda su profundidad, en toda su amplitud, si no se le estudia desde su obra agraria. La obra agraria de Costa no es un elemento más dentro del corpus del conjunto del pensamiento costiano, sino que es el elemento nuclear, el que ilumina, el que clarifica, el que da sentido al resto de su obra. La obra agraria se podría dividir en dos grandes ámbitos. Por un lado, una obra más de tipo agronómico, por decirlo así, que se preocupa por los cambios técnicos y por los cambios en la actividad agraria; y, por otro, una obra más social, que trata sobre la reforma social agraria. España en la época de Costa era una sociedad eminentemente agraria, eminentemente rural; por lo tanto, la respuesta a los problemas del país, a la cuestión social, pasa, para Costa, por la cuestión social agraria. Y por cuestión social se entendía la situación dramática, de extrema pobreza, de miseria, de una parte importantísima, mayoritaria, de la población española, que era la población de los obreros del campo, fundamentalmente, y del pequeño campesinado. No puede haber desarrollo, no puede haber modernización del país, si no se aborda el problema de las condiciones de vida de las masas jornaleras, que eran la mayoría inmensa del país en ese momento, si no se aborda el

problema de las condiciones de vida del pequeño campesinado. Y para abordar ese problema, Costa plantea una cuestión que es tremendamente novedosa en su momento, que es la crítica a lo que él llamaba la «centralización de la propiedad», según su propia terminología, que no es otra cosa que la existencia del latifundismo.

En sus escritos de 1868-70 sobre el catastro y la cuestión de la propiedad, que se daban por perdidos y que descubrimos el profesor Alfonso Ortí y yo en su archivo de Graus, se encuentran las verdaderas ideas de Costa sobre la propiedad, que son las mismas que las que verterá, en sus años finales, en su obra sobre colectivismo agrario. Unos escritos inéditos, que estaban en hojas manuscritas, que iluminan después muchos aspectos del pensamiento de Costa, los cuales, para algunos autores, no se entendían bien. Pensaban que Costa nunca se planteó el tema de la concentración de la propiedad, lo que llamaba la centralización, y que había optado por vías, por soluciones puramente técnicas, como la política hidráulica, tal como se ha entendido y, en nuestra opinión, de forma equivocada. Esos textos demuestran la continuidad del pensamiento costiano, desde el joven Costa de finales de los años 60 al Costa final de la primera década del siglo XX; ambos, el joven y el viejo, critican de la misma manera la gran concentración de la propiedad en pocas manos, lo que luego tendrá gran influencia en todos los reformadores importantes españoles del siglo XX y que llega hasta la Segunda República. Pascual Carrión, el artífice doctrinal y técnico de la Ley de Reforma Agraria del año 32, se declaraba y reconocía como un profundo seguidor de Costa. Hay una crítica al sistema de la concentración de la propiedad, a la historia, a cómo se ha llegado a esa situación, y en ese proceso es un crítico feroz de la desamortización, de las leyes liberales que en el siglo XIX hicieron que se pusieran a la venta todos los patrimonios, no solamente el del clero, sino sobre todo (y era lo que más le preocupaba) también de la propiedad comunal y municipal, para justificar la escasez de recursos de la hacienda pública. Y esas desamortizaciones, la civil y la eclesiástica, hicieron que empezase la decadencia de gran cantidad de municipios, la mayoría de los municipios pequeños del país, porque perdieron la fuente principal de sus rentas, y, según el, con la desaparición de las propiedades comunales, desaparece «el seguro de los pobres». En los sitios donde había una gran propiedad comunal, había instituciones y recursos para que, a través del reparto anual de tierra en uso, no en propiedad, mucha gente que no tenía tierra pudiera acceder a las suertes de la propiedad comunal que se repartían periódicamente, y pudiera acceder a medios de subsistencia. Costa no solamente deslegitima el sistema de propiedad que se había configurado a lo largo del siglo XIX, sino que también defiende el derecho y la legitimidad del Estado, en nombre del interés general, a intervenir en el sistema de propiedad, sin tener posiciones comunistas o socialistas, posición que, en el contexto

político e ideológico de su época, era una especie de pecado inaceptable, pues en el contexto liberal del momento la propiedad era una cosa sagrada.

Cuando publica su libro *Colectivismo agrario*, lo que está haciendo es buscar primero los fundamentos doctrinales que justifiquen sus propuestas reformistas, encontrando una tradición española de pensadores, desde el padre Mariana hasta Flores Estrada, que ha defendido que la propiedad privada tiene límites, que hay una función social que se debe imponer al uso y abuso del derecho de propiedad, y que esa idea cuenta con una tradición de pensamiento español original que es lo que llama la escuela sociológica española. También encuentra en pensadores extranjeros los referentes ideológicos y doctrinales que fundamentan sus posiciones. Pero detecta asimismo, y eso le lleva a estudiar las instituciones sociales tradicionales, ejemplos en la realidad social de su época, en el mundo rural, instituciones que funcionaban bien y que proporcionaban medios a las condiciones de vida de las poblaciones rurales. Él intenta reconstruir y reutilizar esas instituciones tradicionales, que ha estudiado previamente de una forma muy moderna haciendo trabajo de campo. En ese sentido los antropólogos españoles le reconocen como uno de los precursores de la antropología, porque se va a estudiar sobre el terreno y por la metodología que utiliza, que era una metodología que estaba imponiéndose en Europa, ya que estaba al día de las técnicas de la investigación social. Intenta reconstruir todo ese patrimonio institucional y ponerlo al servicio de la modernización, algo que estaban haciendo los populistas rusos de su época y que era objeto de un gran debate teórico y doctrinal en Europa. Costa intenta conciliar tradición y modernidad; quiere un progreso del país pero que no sea negando, rompiendo con lo mejor del pasado. Él pretende siempre conciliar extremos que aparentemente son opuestos, se propone utilizar lo mejor del conocimiento científico, los adelantos de la ciencia y la tecnología de su época, pero es un valedor, un defensor del conocimiento popular, tradicional, y lo que busca es un encuentro entre esos dos saberes, entre el saber popular y el saber científico. No quiere que el saber científico niegue todo ese patrimonio, toda esa cultura de saber hacer, de manejo práctico, que, sorprendentemente, enlaza con orientaciones recientísimas de la sociología de desarrollo, las cuales están defendiendo posiciones muy similares a las de Costa, al intentar aprovechar el capital de conocimientos de las culturas tradicionales que han demostrado una viabilidad con el entorno, sobre todo desde un punto de vista ambiental. Costa, por tanto, pretende, y esa es la grandeza y dificultad de este pensador, conciliar cosas que son difícilmente conciliables pero, independientemente de que tuviera más o menos éxito, demuestra primero la originalidad y la modernidad de su pensamiento, y también el haber sido un adelantado en muchos aspectos a su época. Incluso, en un momento dado, defiende una política colonial moderna al estilo inglés. Cuando se da cuenta de que España ya ha llegado tarde a tener una presencia internacional, colonial, importante, reclama que España se repliegue, que

se concentre en la colonización de su propio territorio mediante la mejora, la regeneración de la geografía de la patria a través de la política hidráulica.

Costa era partidario de un Estado fuerte, pero mínimo, no burocratizado, eficaz, intervencionista en la cuestión social, manifestando un concepto moderno del mismo, pudiéndosele considerar como un precedente de la defensa del Estado del Bienestar. No es un Estado del dejar hacer sino un Estado intervencionista. Costa defiende un sistema republicano y federal, concediendo una gran autonomía a los municipios y a las regiones, pero entendiendo que no hay más que un proyecto nacional: España. Tiene concepción plural de España, pero es crítico con los nacionalismos periféricos y con el nacionalismo español conservador. Hombre de profunda sensibilidad religiosa, no era católico, sino un heterodoxo, un cristiano racionalista que defiende de forma contundente la separación de la Iglesia y del Estado y una escuela pública laica, pero nunca fue un anticlerical radical, sino un crítico del intervencionismo excesivo de la Iglesia en los asuntos públicos. Fue un defensor de la libertad de conciencia.

Y termino con un texto donde se ve muy bien la utopía de Costa en sus aspectos, en sus luces y en sus sombras, pero que es de una gran belleza literaria:

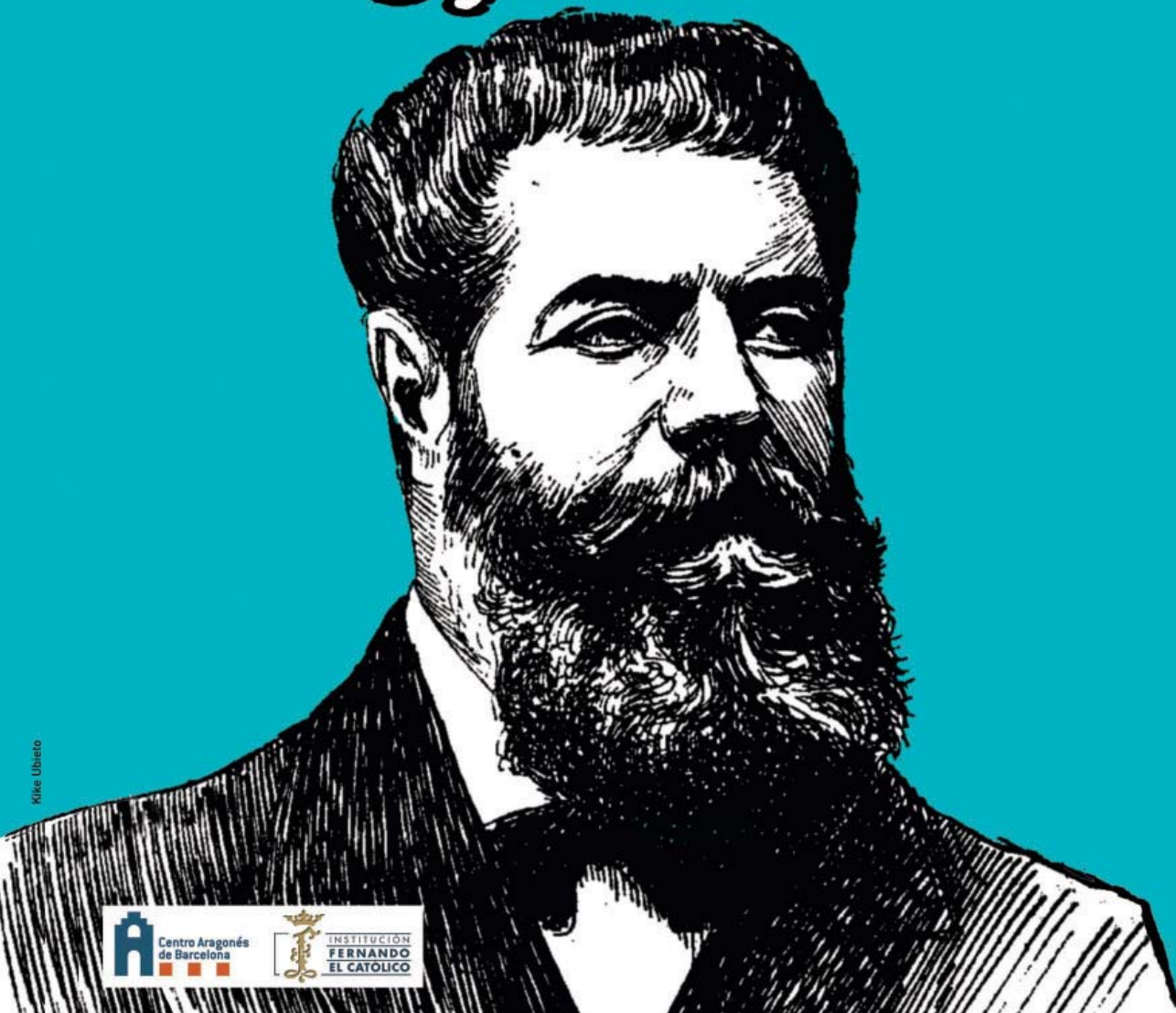
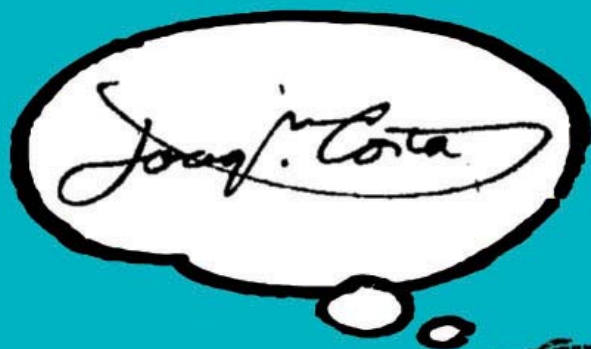
... y así domadas las fuerzas de la Naturaleza, unido a ella el labrador en fraternal abrazo, fenecida la lucha por la existencia, podrá ya penetrar dentro de sí mismo y departir con Dios en el misterioso locutorio de su conciencia; sentirá los divinos goces de la familia, vivirá en todos los climas y cambiará su pensamiento con todas las razas en el teléfono y en el telégrafo, y gozará de ese maravilloso espectáculo, de movilidad y belleza infinita, con el cual no hay magia que pueda compararse, que es la Naturaleza, y leerá en ese libro más elocuente que los más elocuentes libros humanos, y no serán para él cuadros mudos la esplendorosa salida del sol precedida de las rosas del alba y la música indefinible de las esferas. Entonces la casa y el campo serán un verdadero reino y el labrador dentro de él, soberano, rehaciendo la poética leyenda del Paraíso. Entonces la libertad no será como ahora, un nombre, sino el producto vital y como el aliento de la sociedad. Entonces la semana tendrá siete domingos para el labrador y el año será una perpetua primavera y un festín eterno. Entonces se cerrarán las cárceles y los presidios, porque habrá concluido el reinado de la miseria y de la ignorancia.

Costa según Costa:

notas y escritos autobiográficos (1865-1878)

por JUAN CARLOS ARA TORRALBA

Viernes, 28 de mayo a las 19,30 h
en la Sala Costa
del Centro Aragonés
de Barcelona



COSTA SEGÚN COSTA: NOTAS Y ESCRITOS AUTOBIOGRÁFICOS (1864-1878)

JUAN CARLOS ARA TORRALBA
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Nos hemos acostumbrado a un Joaquín Costa grandioso, ciclópeo; a esta visión monumental contribuyó, sin duda, la aparición de la primera biografía de Costa, allá por el año de 1917, en la «Biblioteca de *grandes* españoles» a cargo de Luis Antón del Olmet, pero también que en 1931 Manuel Ciges Aparicio subtitulase su buen libro sobre el montisonense como *el gran fracasado*, y que, para coronar el camino editorial, en 1972 George G. Cheyne hiciera lo propio con su monografía a través del sintagma *el gran desconocido*. En el aquí de Barcelona y el ahora de 2010 nos proponemos hablar, no del Costa de los grandes monumentos, el tópico, sino del pequeño, del íntimo.

Costa reveló su intimidad en numerosas notas autobiográficas escritas señaladamente entre 1864 y 1878. Enumeremos los principales cuadernillos manuscritos de carácter autobiográfico:

- a) Las *Memorias... en este valle de lágrimas*, usualmente conocidas como los *Diarios*, redactadas entre 1864 y 1878, y propiedad de los legatarios de Costa en Barcelona. Se editarán el año próximo por quien les habla y les puedo adelantar más aspectos que los que ya transcribió en su día Luis Antón del Olmet (a partir de una copia del original, obra de Tomás Costa, deficiente y no exenta de censuras) o, años más tarde, George G. Cheyne.
- b) El *Nosce te ipsum* (escrito en el verano-otoño de 1868 entre Barbastro y Huesca; es una suerte de reflexión a partir de lo anotado en los *Diarios*, con añadidos y nuevas notas de Madrid y 1870).
- c) *Borradores y bocetos* (cuadernillo fechable en septiembre de 1868).
- d) *Notas biográficas (Una vida, notas sueltas, criterio)*, pergeñado en Madrid, concretamente en el pueblo de Chapinería, y 1870.
- e) *Mentirologio* (de 1868, cuadernillo proyectado originalmente como sección del *Diario* para desarrollar ideas e invenciones por extenso).

f) *Semblanzas* (Madrid, diciembre de 1868), que es una colección de breves retratos de amigos, familiares y conocidos, donde Costa refleja perfectamente su carácter por oposición a los individuos de su entorno.

Y es que Costa escribía y reescribía una y otra vez. Utilizaba hojas sueltas, libros ya publicados (por ejemplo, las jugosas notas que pueden leerse en su ejemplar de *Ideas apuntadas en la Exposición Universal de 1867 para España y para Huesca*). Luego las ordenaba y reordenaba *ad nauseam*, volvía sobre ellas, se transformaban unas, otras se convertían en vías muertas de ideación. Costa sufría de un auténtico horror al vacío por la posible pérdida de cualquier impresión o idea, y esta obsesión se traducían en un sistema de carpetas en otras carpetas, de títulos sobre títulos. A Costa le obsesionaba el método de no perder el tiempo ni los frutos de su trabajo. En este sentido, y referido estrictamente a lo autobiográfico, es revelador que, una vez en Madrid y 1870, preparó una especie de antología propia de apuntes vitales; su propósito era preservar al menos lo esencial de muchos escritos en caso de pérdida de originales; lo titularía *Mosaico: Frases sueltas de varios trabajos manuscritos o impresos, algunos de ellos perdidos*, y puede consultarse en el rico Fondo Costa custodiado en el Archivo Histórico Provincial de Huesca.

Todos estos escritos evidencian tanto una mareante *obra en marcha*, como un interés juvenil por anotar los pasos de cómo llegar a ser alguien que tiene por modelo las biografías decimonónicas de personajes célebres, las cuales a Costa le hubieron de apasionar desde chico. Porque Costa es, definitivamente, un hombre arquetípico del siglo XIX, apasionado por el progreso nacional y personal; aspira a ser un héroe romántico, un hombre representativo, a la manera de los proyectados por Ralph Waldo Emerson o Thomas Carlyle. Para Costa, la vida es un proyecto que equivale a heroicidad, y cada lance se convertía automáticamente en prueba expuesta al éxito o al fracaso. Quizá por ello, como veremos, Costa abandonaría el interés reflexivo, y con él la escritura de memorias y diarios, en 1878, con 32 años.

Es el Costa de los *diarios* un hombre de portentosa inteligencia y formidable capacidad de trabajo, poseedor de ese «maldito pundonor que sin duda alguna ha puesto la naturaleza en mí» (según anotaba tempranamente en sus *Memorias* en 1864). Aquellas cualidades las habría de demostrar desde niño con los maestros de Graus, y luego en Huesca durante los años del Instituto o en Madrid en el transcurso de sus fulgurantes estudios universitarios.

En Costa hubo de formularse una lacerante ecuación temperamental: era humilde, pero muy orgulloso. Costa relata muchos agravios, como las humillaciones sufridas en tanto que criado de los Rubio en Huesca; pero el orgullo le inflama de tal modo que aunque Rubio le llama «salvaje» el propio Costa llega a ufanarse de esta «virtud».

Joaquín Costa fue también un ser solitario (como lo demuestra el vivir escribiendo y trabajando a todas horas y alejado de casinos y otros espacios eutrapélicos de diversión social). Salvo contados amigos ganados en el Instituto de Huesca (episodios colegiales, sin más), lo usual fue que Costa, desde su soledad (real y moral) hubo de necesitar de diferentes tutelas y consejos (el primer protector, una vez emancipado de la comunidad natal y de su padre, fue Hilarión Rubio; a este le siguió José Salamero, y al final se confió a la tutela moral de Francisco Giner de los Ríos... al menos hasta 1897).

Gravitó sobre nuestro personaje un constante flujo de pasión proyectista: Costa anotaba día sí y día también infinidad de ideas, miles de apuntes de cosas por hacer. Pero no debe olvidarse que el principal proyecto en la vida de Costa no fue la agricultura, la historia o el derecho, el principal proyecto de Costa fue él mismo. Costa imaginó, sucesivamente, un brillante futuro como militar, como ingeniero, como maestro, como abogado, como periodista, como novelista... un futuro próspero, un final con recompensa por todos los esfuerzos empleados en el que (tampoco conviene olvidarlo) siempre tenía que haber una mujer que completase el programa vital. Una mujer primero diseñada en los duermevelas de las *Memorias* al estilo decimonónico (el *ángel del hogar* que supliese las carencias domésticas del varón), y después, tras tratar con Giner y el círculo institucionista, una mujer armoniosa, al estilo krausista, que fuera también una especie de instruida secretaria que ayudase en los trabajos del marido. Esa imagen de mujer moderna fue la que creyó ver tras su gran amor en los años oscenses: Concepción Casas Soler.

En este último sentido, Costa fue muy ingenuo, un auténtico sentimental. Si en otros lances había salido bien parado, para los amatorios el héroe romántico Costa adoleció de pericia en el cortejo. A gusto en la soledad de sus jornadas de estudio y escritura, Costa vivía el paso del tiempo y las relaciones sociales con verdadera angustia (a Costa le rondaba la idea del suicidio desde 1864; ya en Madrid tuvo un conato de llevar a cabo la fatal idea; en su lugar, en 1870, piensa en ingresar como monje en el monasterio de Solesmes, y con tal propósito escribió a su abad). No extraña que Unamuno viera en Costa un alma gemela, pues para nuestro hombre el sufrimiento llegó a ser algo necesario, connatural. La existencia se convertía en agonía constante (entiéndase, la vida como lucha, el *struggle for life*, a lo Herbert Spencer). Describía Costa la existencia en términos negativos, de privación, porque a su entender trágico el tiempo pasaba inútilmente, sin fruto, siempre avizorando una recompensa eternamente demorada. Es muy común en las *Memorias* las referencias al paso de los años sin *ser todavía alguien*, sin *conseguir todavía algo*.

En ocasiones tosco, señaladamente por la carencia de determinadas habilidades sociales, Joaquín Costa fue un hombre de genio y de gran carácter, generoso

pero malhumorado, que solía terminar a la greña con sus cercanos (con Hilarión Rubio, con su tío José Salamero, con su pariente lejano Antonio Ibor, con determinados amigos del instituto y de la universidad...). Según ya apuntamos, fracasó en sus relaciones con las mujeres por ingenuo, impaciente e inhábil en las técnicas del cortejo decimonónico. Tal vez también porque le obsesionaba la franqueza, no le gustaba la hipocresía y ciertas convenciones sociales de su tiempo le sacaban de sus casillas. Tampoco ayudaba su natural puritano, casi cuáquero, que terminaba por imponer a los demás las mismas férreas convicciones morales que él mismo albergaba. Costa fue moralmente inflexible consigo mismo (de hecho deja de escribir las *Memorias* tras el fracaso con Conchita Casas; no se casará e irá abandonando la Institución Libre de Enseñanza tras nacer su hija María Pilar / Antígone en 1883, fruto de su relación con la viuda de Teodoro Bergnes de las Casas) y con los demás (de ahí los constantes trenos y jeremiadas que trufan sus escritos). Y eso que Costa demostró ganar madurez tras su estancia en París y 1867. Una confianza en sí mismo y en sus aptitudes que se tradujo en una mejora notable en la capacidad crítica hacia su entorno (familiares de Graus, Hilarión Rubio, etcétera) tras admirar los adelantos de la civilización en la *ciudad Sol* del siglo diecinueve. Allí, en París, hubo de comenzar la carrera de redención personal que con los años correría paralela a la de la redención nacional: al progreso como persona hubo de unírsele indefectiblemente el progreso español; a la redención de su origen humilde el de la redención y regeneración de España.

Pero dejemos que hable el propio Costa por mediación de sus escritos. He elegido una serie de fragmentos del muy desconocido cuadernillo *Nosce te ipsum* para ilustrar las afirmaciones que hemos venido exponiendo en esta conferencia. Son textos reveladores de varios de los sentidos ya aludidos. Así, el primero es una indagación sobre qué cosa sea el *corazón* de Costa; escrito en agosto de 1868, puede comprobarse cómo Costa volvía a y anotaba una y otra vez sus textos: teniendo a la vista las *Memorias*, Costa escribe estas reflexiones, pero años después les añade unas notas que glosan doblemente la reflexión original:

Ahora, ¿qué es, cómo es mi corazón? Difícil análisis el conocer su espíritu, para otro que no fuera yo mismo. En mí, la imaginación predomina sobre la razón, sobre la inteligencia: el corazón manda siempre que consideraciones sociales no ponen fuera de acción mi libre albedrío.

Nota: «Estas condiciones han podido verse algunas veces aparentemente contrariadas en mí, por vicios de educación o por exigencias sociales; pero ellas son fundamentales, y constituirán siempre el principal motor de mi albedrío».

Por eso, con pasiones bien definidas aunque ocultas en su mayor parte aun a los mismos que más de cerca me han tratado, he podido investigar con algún fruto las condiciones bajo las cuales vive mi corazón. Dignidad, honor, sencillez, verdad, natural (frecuentemente salvaje); horror a la hipocresía, al escándalo y al cinismo;

tolerancia con los defectos físicos, intolerancia con los vicios; poesía, amor, sentimiento, melancolía, suma; caridad, ternura, humanidad... total, nobleza, naturalidad como en Abel, ardor poético como en Safo y Santa Teresa... lo que equivale a decir: un corazón que no es de este siglo. Siempre he dicho: Mi corteza es de salvaje, mi corazón de poeta.

Nota: «Digo siempre que mi corazón es poeta de carácter melancólico en sumo grado. ¡Qué bien conocía Chateaubriand las pasiones del sentimiento!...

Leído esto, corro a registrar las páginas de mis *memorias* (de 1864 a 1868), y veo que de un extremo a otro no son sino una negación externa, que levanta un perpetuo quejido y forma una égloga lastimera bien que de rudo estilo, como intérprete improvisado de las pasiones. Examino luego lo que tengo escrito de este *Nosce te ipsum*, y veo una continuada privación de algo.

Es el siguiente fragmento, también de 1868, un ejemplo perfecto de las consecuencias de la soledad y de la falta de reconocimiento del valor de Costa por parte de su entorno:

Pues bien: la perspicacia de mi idea, la profundidad de mi pensamiento, la desmesurada talla que presentó mi genio cuando aún se hallaba en embrión... nadie la ha vislumbrado, nadie la ha sospechado siquiera, nadie aun viéndola la hubiera creído... En los detalles ordinarios de la vida práctica no debí sobresalir, no: mi genio había sido creado para cosas más grandes, y para ellas debió desarrollarse. Pero aquel embrión se dejó dormir; faltóle el calor de la instrucción, faltóle el cultivo, y pereció casi por entero. Ahora me he quedado sin el talento de los detalles y sin el genio de las grandes ideas. Lo que resta de este último no se ha comprendido todavía, pero es muy posible que llegue a ser penetrado. Lo que no penetrará nadie jamás porque... ¡es imposible! Es este corazón mío, de penetrante mirada, de sentimientos elevados, de tiernísimas emociones y deseos infinitos... No; ¿quién en este mundo puede comprender mi corazón sino yo mismo? [...] Don Hilarión Rubio cree conocerme, pero está muy lejos. No lo conseguiría, aunque viviera medio siglo conmigo, aunque leyerá estos cuadernos, tristes confidentes míos; porque en la naturaleza moral del hombre existen concepciones tan puras, suceden fenómenos tan abstractos, que el mismo entendimiento que los penetra, no se atreve a darles la forma de idea.

Uno de los aspectos más dolorosos y conmovedores en la vida de Costa es la relación con sus padres, especialmente con su madre. Costa era consciente, y se extrañaba por ello, del escaso amor filial que sentía hacia sus progenitores; lo terminaba explicando en grandilocuentes términos de destino y heroicidad personal:

Este es el lugar de consignar un fenómeno singularísimo que, con alguna vaguedad he observado varias veces en mi corazón, y que ahora de pronto ha llamado en las puertas de mi memoria: este fenómeno es, un amor filial muy reducido. A la verdad que no me atrevería a declarar esta particularidad, si no fuera una confesión hecha a la faz de mi propia conciencia, si alguien pudiera leer en estas interiorida-

des de mi alma... No sé si eso sucede en los demás; pero en mí, es por desgracia demasiado evidente. No parece sino que he nacido exclusivamente para la humanidad, o para la patria: indudablemente, que todo el amor que a ésta profeso y que los demás no le profesan, todo el amor de otra especie que mi corazón guarda como en reserva, no sé si para espiritualizarme, todo ese amor ha sido arrebatado a mis progenitores. Yo los estimo, yo los aprecio, yo siento sus desgracias inmensamente más que las mías, yo abandonaré gustoso mis cosas indispensables por proporcionarles las necesarias; pero por más que quiera rebuscar hasta el último rincón de mi alma, no hallo ese entusiasmo, esas delicias que se sienten al ver objetos queridos después de largos tiempos de ausencia, aquel amor, digo, que nos inspira vivísimos deseos de permanecer siempre con lo que se ama, ya que no de fundirse con él íntimamente... ¿Pero de dónde viene esto?... ¿Y sucede en los demás esto que yo llamo singularísimo fenómeno? Preferible será que no ensaye una indagatoria de causas, porque me perdería en un mar de conjeturas y trabajaría en vano. Solo debo recordar que el Decálogo no dice *Ama* sino *Honra* a tus padres, porque el amor no puede prescribirse con el respeto, y que el Génesis dice también, que la mujer dejará a su padre y a su madre para unirse a su marido... Pero ahora me ocurre ¿Si vendrá esto, por más que parezca una paradoja, del encuentro de mis dos caracteres sensibles y enemigo de la hipocresía? No puedo ver sufrimientos en las personas que yo aprecio muchísimo, y el sentimiento de dolor que esto me causa es tan intenso, que no da lugar a la manifestación, ni siquiera fingida del menor sentimiento de alegría y amor.

El siguiente fragmento es explícito ya desde su título: «Mi carácter». También de 1868, resume los principios que regían sus acciones:

Mi carácter es tan fijo en su esencia como vario en sus manifestaciones. Generalmente triste, es algunas veces, festivo. Casi siempre modesto, es a veces orgulloso. Mi carácter se resume en estas palabras: enemigo de la hipocresía, de la injusticia, de la crueldad, del escándalo y del cinismo, violento y desconfiado por instinto, y amante de la patria hasta el extremo de mentir y encolerizarme contra la razón misma [...] Enemigo de la crueldad. Ya de pequeño no podía presenciar el bárbaro degüello de un cordero, ni me alegraban como a otros los chillidos del cerdo atravesado por la cuchilla: hasta miraba de reojo a los carniceros, clasificándolos mi tierna inteligencia en una escala inferior a la de los demás hombres. Debo creer por fuerza que mi corazón es diferente al de la mayor parte; porque recuerdo que nunca he acompañado a los niños de mi edad cuando todos la emprendían a pedradas con el gato o perro que pasaba, o daban de golpes a los corderos de los rebaños, o lanzaban palitos con liga a los mismos perros, o despojaban de sus plumas a pájaros vivos y les clavaban un alfiler en la cabeza, etc., etc. Muy aficionado a coger nidos sí, pero no para atormentar a los polluelos, sino para tener el gusto de cuidarlos, verlos, mimarlos, etc. A veces me han dado compasión los padres del nido, y he vuelto a él uno de los pajaritos. El horror que tengo por las corridas de toros ha nacido principalmente en la compasión que me inspiran los caballos, en lo que me repugnan el cinismo y la ingratitude.

Carácter violento. En los sucesos de la vida se presentan mil contrariedades: a cada

paso ve uno trastornados sus planes, derribados sus cálculos, defraudadas sus esperanzas. Pues bien: ahí está la violencia de mi carácter: no puedo sufrir con paciencia esos reveses, y me encoleriza contra las personas, contra los objetos, contra los accidentes que los han causado, no escapándome yo mismo de la tormenta, si, como sucede algunas veces, he olvidado algún incidente o errado algún detalle. Estas contrariedades han sido y son muy frecuentes en mi vida; y sin embargo, no he aprendido todavía a guardarlas y sobrellevarlas con ánimo sereno. Generalmente, las tormentas que se sublevan en mi ánimo por la violencia de carácter, son tormentas mudas que nacen, viven y mueren sin aparecer al exterior más que por medio de contracciones digitales y rechinamiento de dientes. Sin embargo, sucede a veces que se apodera de mí un humor de mil demonios, teniendo por síntomas exteriores, semblante triste, contestaciones lacónicas, espíritu ensimismado: en estos casos no puedo discurrir absolutamente nada, y solo me preocupa la idea de la contrariedad sucedida. Si estuviera libre y me desahogara contra alguno o contra alguna cosa, pasaría pronto el primer movimiento que es el más ingrato; pero lo que más le hace durar es su concentración. Todos los que me hablan en tales ocasiones, se aperciben del mal humor.

Poco más adelante en el *Nosce te ipsum*, Joaquín Costa demuestra otra vez su afán de reconocimiento y los sueños de grandeza:

Por la combinación de mis dos caracteres desconfiado y enemigo de la hipocresía, tengo cuidado de no adelantarme nunca por mí solo a figurar en ninguna parte ni a sobresalir, cuando formo parte de una reunión, etc. Sucede que permanezco ignorado por algún tiempo; pero al fin la exuberancia de méritos grita muy alto, y se me separa de la multitud, se me pone a la cabeza. Recordar cómo ha sucedido esto en Graus con Parral, en el Instituto de Huesca, en el Ateneo de ídem, en París con los Discípulos observadores, etc. En todas partes he sido uno de tantos por espacio de cuatro o seis meses; pero después, de un salto he llegado a la apoteosis.

En cuanto al programa vital, al proyecto de creación de un Costa célebre, merecedor de una entrada en la enciclopedia de la civilización, el fragmento que sigue es sumamente explícito: Costa alcanza a planificar el nombre y número de sus hijos, incluso de las profesiones de cada uno, acordes al nombre simbólico. Para un hombre de progreso que vivió siempre mal la sucesión de los presentes, llega fatalmente la desazón y la sensación de fracaso. Es el caso de Costa: en septiembre de 1868 Costa repasa una vez más su actual estado y el resultado de las proyecciones pasadas, y termina reconociendo:

¡Ilusiones! ¡Ilusiones! ¡Aunque una esposa querida me diera un hijo en el año 1875, y que a los 20 años diera principio a sus estudios serios (al «Monte Sinaí» por ejemplo), que la aparición de estos fuera a los 11 años, llegaríamos al segundo lustro del siglo XX y yo tendría 60 años! ¡Y aún están allí mil dificultades, y la eventualidad de que sea precisamente un varón, que éste no me sea arrebatado de la cuna por el Ángel de la Muerte, que no tenga un talento vulgar, que sepa yo inspirar y hacer sentir a su alma la grandeza de la Creación, etc., etc., ¡la eventualidad de

que sepan llegar tantos niños al nivel de los poetas, de los historiadores, de los químicos, etc., ¡distinguido! ¡Cuántos pesares guarde la Naturaleza moral para un corazón de 1868!

Por último, veamos cómo Costa novela en ocasiones su infancia y determina en ella el origen de la desgracia actual: Costa ha nacido en un entorno pobre y tal circunstancia determina las dificultades por llegar a ser alguien:

A pesar de que este niño había nacido evidentemente para hacer grandes descubrimientos en la Agricultura, para ser un Liebig español, más insigne tal vez que el alemán, tuvo la desgracia de caer en manos de unos padres pobres y de unos parientes ignorantes y avaros; y fue destinado a ser cura. ¡Siquiera en esta decisión hubiera habido algo de sentido común! Pero no sabían el *guibus auxilium* y cuando lo supieron era ya tarde: habían pasado muchos años y el alma de Costa estaba envenenada de pesares. Su padre aborrecía el cultivo, como lo aborrecen la mayor parte de labradores pobres e ignorantes y no quería que su hijo fuera labrador como él. ¡Ay, ay! ¡Cuántas veces he suspirado por volver a aquel punto de partida! Allí al menos siendo ignorante y desconocido no sabría que lo era: mientras que después cuando vio la oscuridad detrás y el abismo delante, ¡oh!, qué noches de luto y horror han cruzado por su mente en medio de los resplandores del sol. Alma sensible, nacida para el entusiasmo, para la gloria, para todo lo grande, talento profundo... el infierno derribó su barquilla en un mar de fuego que quemó en ella el último vestigio de consuelo, ¡la esperanza! Un niño que como dijo más tarde su profesor don Serafín Casas hubiera sobresalido en todo, se ha visto obligado a arrastrar una penosa existencia llena de humillaciones y de tormentos. ¡Inescrutables designios de la Providencia!

En fin, confío en que esta exposición haya servido para mostrarles parte de las confesiones personales de un hombre atormentado que se hizo grande para la posteridad desde unas galerías íntimas construidas de agonía y sentimiento trágico de la existencia. Y es que, en verdad, tras las estatuas y monumentos ciclópeos se oculta también un hombre, con sus excepcionales sueños de gloria y sus comunes miserias: Joaquín Costa Martínez.

Costa y los escritores aragoneses de su tiempo

por JOSÉ LUIS CALVO CARILLA

Viernes 25 de febrero a las 19,30 h

en la Sala Costa

del Centro Aragonés de Barcelona

Joaquín Costa, 68



COSTA Y ALGUNOS NARRADORES ARAGONESES DE SU TIEMPO: GARCÍA MERCADAL, UN NOVELISTA JUSTICIERO

JOSÉ LUIS CALVO CARILLA

A pesar de la admiración y de las simpatías que despertaba, Joaquín Costa fue un intelectual solitario. Tuvo relaciones epistolares esporádicas con intelectuales y políticos de la época pero, por diversas razones, fueron puramente coyunturales.¹ Baroja, por ejemplo, confesaba sentir cierta admiración distante por el que consideraba entre los tipos de histrión que suelen darse siempre en los países meridionales y le complacía su capacidad para arrastrar multitudes, «aunque a veces las tratara a zapatazos». En otra de sus vacuas generalizaciones aludía a su pasión autoritaria, fenómeno tampoco infrecuente en una España en la que todo el mundo se sentía un dictador («Hay que ver la soberbia de un tabernero convertido en agente de policía para comprenderlo. Aquí el guarda de un jardín es tan déspota como un zar, un portero se da más tono que el propietario, un cocinero de casa grande le mira a uno por encima del hombro y, si a mano viene su señor, saluda con finura; al director de un periódico de importancia no se le puede comparar más que con Dios»). En opuesto extremo en punto a repentinas adhesiones debe recordarse a Ramiro de Maeztu, quien en 1898 había visitado a Costa en su casa para «sufrir en silencio los mismos desfallecimientos de tan enorme corazón». Se había conmovido cuando le escuchaba oponer la tristeza pasajera del vencido a la «íntima y permanente tristeza española» de la tierra yerma, sin agua y abandonada... Fruto de su devoción costista fue una instructiva cartilla —*Debemos a Costa*— en la que enumeró un buen número de débitos generacionales.²

Otro cantar fue la influencia de su hercúlea figura, que pronto encabezó las protestas colectivas hasta el punto de convertirse en el corazón visible del senti-

.....
¹ Cfr. el orientador panorama que ofrece el ya clásico estudio de Rafael Pérez de la Dehesa, *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966.

² Cfr. otros ejemplos en mi libro *La cara oculta del 98. Místicos e intelectuales en la España de fin de siglo (1895-1902)*, Madrid, Cátedra, 1998.

miento regeneracionista que amplificaría sus latidos a todo lo largo y ancho del territorio nacional. La novela del fin de siglo —y, de modo especial, la escrita por sus paisanos— hizo causa propia del debate regeneracionista y, por regla general, observó una atención preferente hacia las ideas de Costa. En *Los cachorros del León* (1912), novela de José García Mercadal de la que paso a ocuparme en la segunda parte de este artículo, la figura del «Grande Hombre» de Graus —modo como también se aludía a Costa, cuya estatura de ser superior representó para muchos de sus contemporáneos la reencarnación del superhombre nietzscheano— llegará a cobrar caracteres épicos encarnado en Juan Corazón, nombre fácilmente reconocible que, si por una parte reúne las cualidades legendarias de las narraciones infantiles sobre el príncipe inglés Ricardo, por otra constituye una metonimia de su gigantesca y humana capacidad de bombeo de la energía nacional.

El regeneracionismo fue tal vez la manifestación sociológica más visible de la Restauración, un tiempo político que había sellado definitivamente el fracaso de los ideales revolucionarios que habían inspirado la Primera República. Las humaredas de la última guerra carlista y, tres años después, la firma de la Paz de Zanjón (1878) clausuraron también las incertidumbres y los bandazos políticos que habían zarandeado a la nación en su travesía por las agitadas aguas del siglo XIX. Con la paz llegaría la prosperidad, la «fiebre del oro», el ferrocarril y las inversiones extranjeras en Bolsa.

Bien conocido es que el progreso económico generado por la Restauración benefició a los grandes industriales y terratenientes, pero dejó fuera del reparto a grandes sectores del país: el campesinado, las clases medias y, sobre todo, los pequeños propietarios agrícolas, quedaban al margen del progreso y de la bonanza económica. De esa situación arrancan los primeros lamentos y condenas y las primeras propuestas de regeneración nacional, que surgieron desde todos los puntos de España. Los «males de la Patria», que en 1890 tenía ya claramente analizados el ingeniero oscense Lucas Mallada y Pueyo, desencadenaron un continuado goteo de diagnósticos y de propuestas arbitristas de urgencia desde la cátedra, el libro, el periódico o la tribuna ateneística. Coincidían en la denuncia de una España ordenancista, de caciques y pucherazo electoral, de instituciones y administración corruptas, de hambre y miseria colectivas... Las manifestaciones de victimismo alcanzaron su cota de mayor intensidad en los años posteriores al Desastre del 98.

Pese a que la proliferación y el recurrente manoseo de unos mismos lugares comunes llegaron al extremo de convertirse con el tiempo en materia de chistes, parodias y caricaturas, el regeneracionismo constituyó un auténtico fenómeno sociológico de época. Estaba sucediendo por las mismas fechas en la sociedad francesa en las páginas de *L'Aurore* y en otros periódicos franceses donde, a

propósito del conocido como «*affaire* Dreyfus», distintos grupos de presión de profesiones liberales, comerciantes, profesores y otros colectivos profesionales, se constituyeron en avanzada de la vida nacional y firmaron manifiestos bajo el nombre colectivo de «Los intelectuales». También el movimiento regeneracionista estaba formado por personas de las más diversas procedencias, generalmente sin militancia política conocida y con deseos de buscar al margen de ella las soluciones quirúrgicas a las enfermedades que estaba padeciendo el cuerpo nacional.

La política centralista había hecho sus víctimas en las regiones, y una de las más afectadas era Aragón.³ De ahí que la patria del Grande Hombre, el más eminente de todos los regeneracionistas, proporcionara una buena hornada de regeneradores.

REGENERACIONISMO Y NOVELA EN ARAGÓN

Suele denominarse «novela regeneracionista» a un grupo de obras publicadas en la última década del siglo XIX que reflejan especialmente los problemas nacionales y arbitran soluciones para su remedio.⁴ Aunque en última instancia sean, pura y simplemente, novelas «de tesis» o «de tendencia» (como eran conocidas en la época): novelas militantes o de ideas al servicio de una determinada ideología, a cuya defensa subordina el novelista el mundo novelesco, los personajes y los sucesos y lances folletinescos que acaecen. De ahí que el interés de estos textos no radica tanto en sus rudimentarios valores literarios, como en su función de complementar los ensayos regeneracionistas con casos que los ilustren.

El propio Costa intentó desde 1870 plasmar literariamente sus ideas en un discurso novelístico para uso propio que no logró pasar de la recopilación de materiales y de un centón de anotaciones con voluntad de señalar nuevos espacios para su utopía reformista. Incluso, en opinión de los estudiosos, y especialmente de su editor y prologuista, está también incompleta su única novela publicada, *Último día del paganismo y primero... de lo mismo. (Narración histórica del siglo IV, y argumento para un drama del siglo XX)*, que vio la luz una vez muerto su autor, aunque este ya había publicado en 1910 algunos fragmentos en *La España Moderna*.⁵ Las restantes muestras de la narrativa costiana son: *Justo de Valdediós* (siete cuadernos manuscritos fechados entre 1874 y 1883), y los seis

³ Cfr. la síntesis de Eloy Fernández Clemente, «El regeneracionismo aragonés en el entorno de Costa», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 15, 1998, pp. 21-36.

⁴ El término lo acuñó por vez primera Leonardo Romero Tobar en *Estudios sobre la novela española del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1977. También en *La novela aragonesa en el siglo XIX*, Zaragoza, Guara, 1985, libro que publiqué en coautoría con Rosa María Andrés Alonso.

⁵ *Último día del paganismo y primero de... lo mismo. (Narración histórica del siglo IV, y argumento para un drama del siglo xx)*. *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Costa, XIV, 1917.

cuadernos de las *Novelas Nacionales*, que empezó a proyectar, según su propio testimonio, en 1874.⁶

EL PARADIGMA: *LA LEY DEL EMBUDO* (1897), DE PASCUAL QUERAL Y FORMIGALES

Por su parte, el notario oscense Pascual Queral y Formigales (Bossots, Lérida, 1848-Huesca, 1898) traza una cruda disección del caciquismo oscense en la novela *La ley del embudo* (1897). En ella presenta el caciquismo como la causa de todos los males de España, representados simbólicamente por los desiguales extremos de ese *embudo* que da título a la novela («La ley era una misma para todos, pero con la unidad del embudo, que le permitía obsequiar con la parte ancha a los unos, y oprimir con la estrecha a los demás»).

Queral era una persona cercana a Costa, quien le escribió un elocuente prólogo para *La ley del embudo*, novela que veía como una buena divulgación literaria de sus ideas regeneradoras. En este sentido, el notario oscense deslindaba claramente su propósito: «Nosotros no estudiamos el adulterio, estudiamos el caciquismo [...]. Es preciso llamar a los genios para que estudien en el fondo de esa cloaca de nuestra civilización, donde está el germen, tal vez, de nuestra decadencia y ruina, de casi todos los vicios sociales.

Lo indudable por evidente es que si no los germina, los utiliza siempre, y a menudo los fomenta, pues la acción del caciquismo es por naturaleza corruptora. [...] el cacique sugestiona todo un pueblo, pervierte a toda una generación, corrompe a toda una raza.

Vuelva, el que lo dude, los ojos en torno a lo actual.

Tratemos nosotros del mal grande y dejemos el pequeño por secundario.⁷

La historia de *La ley del embudo* está ambientada en la ciudad de Infundia, capital de los más de cien pueblos que componen Hectópolis.⁸

El tiempo histórico de la novela se sitúa en vísperas de la Gloriosa, «en la fiesta del Santo Patrono, en el año de gracia de 186..., en cuyo día y año nos hallamos». [1866-1873] Arranca de los albores de la Revolución y abarca casi todo

⁶ Soter y otros proyectos narrativos costianos fueron revisados por Agustín Sánchez Vidal en *Las novelas de Joaquín Costa, I. Justo de Valdediós*, Zaragoza, Departamento de Literatura Española, 1981. Una visión panorámica se encuentra en «Una patria de tinta: el legado novelístico de Joaquín Costa», en *El legado de Costa*, Zaragoza, Ministerio de Cultura-Diputación General de Aragón, 1984, pp. 29-67.

⁷ *La ley del embudo*. Prólogo de J. Costa, Zaragoza, Imprenta de Comas hermanos, 1897. Existe una edición moderna al cuidado de Juan Carlos Ara Torralba, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1994.

⁸ Cfr. como contexto Carmen Frías Corredor y Miriam Trisan Casals, *El caciquismo altoaragonés durante la Restauración*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1987.

el periodo revolucionario. Será en estos críticos años en los que Queral sitúa los males de la nación, y, en especial, el caciquismo.

Tras una visión panorámica de las masas durante la inauguración del ferrocarril (capítulo I), el capítulo II introduce ya en la historia de dos hermanos, el valetudinario Wenceslao y el futuro cacique Gustito [contrafigura de Manuel Camo] («... ambos tenían en común la herencia de una raquitis congénita como últimos frutos de razas decadentes...»).

Dicha «raquitis congénita» es superada por los dos hermanos de muy diversa manera: Wenceslao, postrado toda su vida en una silla, devorará todos los libros a su alcance y llegará a poseer una excelente formación intelectual y moral, aunque sin expectativas de ser llevada a la práctica en la brega política regional. Frente a su hermano —en el que podría descubrirse la insuficiencia de los postulados éticos de los krausistas—, Gustito será un mal estudiante y un ejemplo de aquellos arribistas sin escrúpulos que se subieron al carro de la Revolución y siguieron medrando políticamente independientemente del color político de sus inquebrantables adhesiones: sus camaleónicas actuaciones políticas le hacen arrimarse primero y desembarazarse después del Marqués de Guatizulima, santón del moderantismo, y de don Mamerto Garibay, centro y eje de la política liberal de la región, para fundar su propio grupo, el partido Tabernaculista, organizado apresuradamente con los más asiduos visitantes... ¡de una taberna! Alcanza pronto la alcaldía de la ciudad y posteriormente la presidencia de la diputación. Su insaciable ambición le lleva finalmente a colocarse al abrigo del influyente político liberal D. M. [Emilio Castelar].

Las dificultades para el jefe del partido Tabernaculista comienzan con la llegada a Infundia de Gonzalo, joven catedrático del instituto que, despechado por un desaire de Gustito, se decidirá a hacerle frente: funda la Liga Emancipadora y su órgano de expresión bate en todos los frentes al tabernaculista *El Chiflete*. Los de la Liga ganarán las elecciones, pero el consabido pucherazo caciquil les hace perder las provinciales.

La rivalidad política surgida entre los dos líderes provinciales se complica con la sentimental, y Gustito, que había planeado asesinar a Gonzalo, morirá a manos de este al ser sorprendido cuando intentaba violar a su ahijada y modélica Amparito, con quien el catedrático huirá al extranjero.

Queral se propone ejemplificar los males del caciquismo como raíz de la decadencia de Infundia, microcosmos de resonancias galdosianas:

Infundia es una ciudad imaginaria que supondremos en cualquier región de la Península, porque nos expresamos en idioma castellano; pero no hay dificultad en generalizar [...]. Infundia no es grande ni pequeña, elegimos el tipo medio; una especie de Orbijosa, ampliada con Gobierno civil y militar y los elementos que indispensablemente traen aquellos consigo; donde la vida se arrastra lánguida entre

la estrechez y el aburrimiento, y donde, quien siente en su mente una chispa del fuego sagrado, si no lo apaga pronto, será un Prometeo, que además dará con las narices en el horizonte, limitado por el *lasciate ogni speranza* de la preocupación y la rutina.

La vida de Infundia, expresivamente simbolizada por su periódico *El Sopor*, era incomparablemente mejor antes del paso por ella del cacique Gustito («en una palabra, que en la Infundia de antaño no se vivía como en la edad de oro; pero se vivía bien»).

La ley del embudo es una *novela en clave* en la que los nombres sirven como tarjeta de presentación de los personajes y están sometidos al mismo alegorismo descriptivo que los espacios. Esta esquemática presentación funciona como técnica enaltecedora o degradadora. Así, en Wenceslao, el culto, bueno y sensible hermano de Gustito, nos parece ver la representación de la cultura alemana; Gustito, diminutivo de Augusto, le sirve a Queral para proceder a una constante ridiculización de su bajeza y pequeñez moral; Gonzalo Espartaco, el catedrático de segunda enseñanza, es el único que puede liberar al pueblo de la esclavitud del cacique. Esta nominación simbólica afecta al resto de los personajes de la novela, en una satírica degradación que llega con frecuencia a la caricatura animalizadora: por ejemplo, los concejales están vistos como recua de asnos y piara de cerdos.⁹

Queral carga las tintas en estas denominaciones despectivas, las cuales se extienden a la mitad del universo narrativo de su obra: los pseudo-liberales [posibilistas] son «chupópteros» y «parasitistas»; el cenáculo de estos tabernaculistas de Infundia —infundibiliformes infundiosos de infundíbulo— recibe los sucesivos nombres de «Spoliarium», «Meca del Parasitismo», «La Clínica», «El Mentidero» y «El Vomitorio»...

El autor es un incansable creador de palabras, dada la insuficiencia del vocabulario habitual para expresar su indignación: los parasitistas forman «La Asociación del Bombo Mutuo»; a Infundia, «oligórrida o pilliarquía pudiéramos llamarla, si nos atreviéramos a inventar neologismos».

⁹ Don Melitón Morralón, Excmo. Brigadier, «veterano que había hecho ambas campañas civiles, que, con su estatura descomunal, su bigotazo a la borgoñesa, sus cejas como felpudos, su vozarrón de bajo profundo que ahuecaba, sus maneras todas de soldado aguerrido y su aspecto feroz, realizaba el tipo soñado por nodrizas y niñeras para espantar a los chicos», pero «el atrofiamiento de su virilidad», su blandura y candidez infantil, le hacen incapaz de reprimir los desórdenes callejeros; el Excmo. Sr. D. Emeterio Gorgias y Júpiter de Filón, una de las primeras eminencias; Juanito Macarrón, pedante licenciado; Juan Pajecillo, servil correveidile; don Diego Palmeta, maestro; Rudesindo Brutaña, lugarteniente caciquil; Frutos Membrillo, el jefe de los eunucos; Gil Dedalillo, insignificante y mezquino sastre; Vicente Melaza, confitero; Juana Berrinches, hombruna reaccionaria, «no es Juana de Arco, sino Juana de Asco»; doña Pura Placenta, comadre acreditadísima, en realidad es doña Impura; don Eleuterio Birrete, conspicuo abogado; Diego Pucherilla, cacique... Personajillos todos que constituyen la nómina de tabernacularios y afines.

Un universo apriorísticamente escindido en buenos y malos tiene que plasarse necesariamente en la caracterización de los personajes. Del principal causante de la ruina material y moral de Infundia, el cacique Gustito, entresacamos los siguientes rasgos caracterizadores, sin ánimo de ser exhaustivos: raquíptico física y moralmente; irreflexivo, maquiavélico, afeminado, parásito; cobarde en todas las ocasiones; grosero; de pasiones mezquinas; casado con una escultura de carne, viuda de dudosa moralidad; eunuco gallináceo con las mujeres; pobre de ingenio y exhausto de ideas; violador; arribista y traidor a sus protectores políticos y otras lindezas de similar calibre.

El novelista se sirve de la figura del todopoderoso y repelente Gustito (donde hay que ver la figura del político liberal Manuel Camo) y sus secuaces —una verdadera fauna corrupta y desalmada— para desenmascarar el mal nacional del caciquismo y sus perversidades, personificadas en los caciques y políticos de provincia.

En el lado opuesto, en el de los «buenos» de la novela, se encuentran de nuevo varios personajes en clave, todos ellos de una gran nobleza y rectitud.¹⁰ Las situaciones se corresponden con este dualismo moral que se viene señalando, hasta rayar con frecuencia en lo melodramático, lo grotesco o lo truculento.

LA «CONTRANOVELA» DE LUIS LÓPEZ ALLUÉ: *CAPULETOS Y MONTESCOS* (1900)

Luis López Allué (Barluenga, Huesca, 1861-Huesca, 1928) fue precoz en la literatura y en la política.¹¹ Militante temprano encuadrado en el Partido Republicano Posibilista del también castelarino oscense Manuel Camo (el Gustito de *La ley del embudo*),¹² llegó a batirse en duelo con Queral y Formigales para defender a su jefe de filas de la demoledora sátira del notario oscense. Pero fue más eficaz con su contranovela *Capuletos y Montescos* (1900), publicada para neutralizar los estragos que podía causar en su partido la novela de Queral.

Y, al parecer, lo consiguió en una buena medida: casi nadie se acuerda hoy de la novela de Queral, mientras que *Capuletos y Montescos* pasó a convertirse

¹⁰ Entre todos ellos sobresale Joaquín Costa bajo la figura del tribuno Ricardo Atienza (noble hombre del campo). De sus virtudes morales participan también el apuesto catedrático Gonzalo Espartaco («tan versado en filosofía teórica y tan filósofo práctico»); Quintana (ilustre prócer retirado), la encantadora y dulce Amparito o el valetudinario Wenceslao.

¹¹ López Allué fue concejal del Ayuntamiento de Huesca con apenas 20 años. Director del *Diario de Huesca*, en el que se prodigó en millares de artículos, cultivó también con cierta ambición la novela corta y el cuento y, con fortuna menor, la poesía y el teatro. Sus *Obras completas*, así como algunos libros aislados vienen gozando periódicamente de los honores de la reedición.

¹² Este conocido político y cacique aragonés (1841-1911), satirizado por Valle-Inclán como «una gloria nacional de Huesca», fue seguidor de Emilio Castelar, para quien consiguió la representación del distrito electoral de Huesca durante dieciocho años consecutivos, desde 1881 a 1898.

en una novela popular. Hoy se conoce, por ejemplo, gracias al estudio introductorio de la citada edición de Ara Torralba, que en los carnavales de Huesca celebrados en 1901 desfilaron las figuras de los principales personajes de la novela de López Allué.

Aunque los caciques del escritor y cacique Luis López Allué limitan su influencia al imaginario pueblecito oscense de Escuarve,¹³ la historia de la atávica rivalidad de dos poderosas familias narrada en *Capuletos y Montescos* (1900) denuncia en última instancia la repercusión de las últimas ramificaciones de la corrupción política vigente en el idílico campesinado oscense.

Con todo, y pese a ser otra novela de los «males de la Patria» al uso, el autor, cacique él mismo, se vio seducido por las resonancias shakespearianas de los enemistados personajes que protagonizan su novela, hasta el punto de que, mientras su *tesis* pierde consistencia a medida que avanza la novela (pues, en realidad, este «Pereda menor» comprende y justifica el caciquismo como último eslabón y mal necesario derivado del olvido en que el centralismo madrileño tiene sumida a la periferia de la nación), este «relajamiento» del adoctrinamiento ideológico deja el campo libre a un ejercicio literario cuya ambigüedad resulta beneficiosa para la plasmación artística de su idílico universo narrativo.

Mariano Turmo —autor de *Miguelón* (1904), aparecida por entregas en la segunda *Revista de Aragón*— contribuyó también al regeneracionismo con *Un drama en Antigua*,¹⁴ novela urbana en la que la llegada de una misteriosa mujer altera la vida ciudadana y desenmascara la hipocresía y la crueldad de sus reaccionarios y falsamente ejemplares gobernantes en una Zaragoza burguesa invadida por la especulación y la fiebre constructora.

El abogado y periodista zaragozano José María Matheu Aybar (Zaragoza, 1845-Madrid, 1929) colaboró en la primera *Revista de Aragón* y en varios periódicos zaragozanos antes de integrarse en la vida literaria madrileña. Fue autor de una veintena de novelas y de varios volúmenes de cuentos que le granjearon el reconocimiento de los círculos literarios madrileños. Entre las mejores figuran *Jaque a la Reina* (1889), *El Santo Patrono* (1890), *Marrodán primero* (1897) o *Aprendizaje* (1904).

El Pedroso y el Templao (1905) es una novela de la vida rural aragonesa. Se trata de una parábola con la que Matheu pone en pie otra de sus lecciones mo-

¹³ Nombre tomado del topónimo situado entre el término municipal de Barluenga y el de San Julián de Banzo donde tenía importantes fincas. *Capuletos y Montescos: novela de costumbres aragonesas* apareció en 1900, sin año y sin pie de imprenta. Un «Juicio crítico de D. Mariano de Cavia» presentó la segunda edición de 1915 en Zaragoza en la Tipografía de A. Sanz, Sucesor de J. Sanz. Al margen de sus sucesivas reediciones en las *Obras completas* del escritor, existe una edición accesible en la editorial oscense La Val de Onsera (1993).

¹⁴ Barcelona, «La Vida Literaria», Guarner, Taberner y Cía Editores, s. a. [1903].

rales de valor nacional: la crítica del cainismo. Pascual («El Pedroso») y Aurelio («El Templo») y sus respectivas mujeres viven enemistados en un pueblecito aragonés. La causa de esta enemistad es la envidia. Tras un creciente enfrentamiento, el duelo en un descampado acaba con la vida de «El Templo», hecho que comenta así el autor:

Para este pueblo inculto, amatonado, de cuchillo en el cinto, que se mataba tan estúpidamente, no debía tener la vida significación, ni precio, ni valor de ningún género; para este pueblo de una vanidad tan inmensa como su inercia espiritual que habría de asombrar al verdadero hombre de Estado, no existía otra mayor representación del supremo poder que esa lucha brutal de los malos instintos contra toda razón, toda ley y toda soberanía.

La misma historia cainita se repetiría unos años más tarde: «El Pedroso» sucumbiría a manos del hijo de «El Templo» y la tragedia marcará las vidas de las futuras generaciones.

EL REGENERACIONISMO MÁS CONSERVADOR

Por distintos caminos, el pensamiento regeneracionista se extendió a los intelectuales aragoneses de todas las tendencias ideológicas, quienes asumieron y exteriorizaron en mayor o menor grado sus protestas anticentralistas y de autoestima regional.

Este regeneracionismo difuso contagió también a los novelistas más conservadores. Narrador regeneracionista fue Valentín Gómez (Pedrola, 1843-Calatayud, 1907), autor de un elogio sentimental del caciquismo titulado *El señor de Calcena* (1890), novela de tesis en la que el personaje central, D. Estanislao Sánchez de Calcena, persona escéptica en materia religiosa y de anterior vida disipada, emprende un largo proceso de regeneración mediante dos guías de excepción. La sabiduría del doctor y la fragante espiritualidad de su angelical sobrina Carmen hacen el milagro: de estar las posesiones del de Calcena abandonadas, se pasa a la restauración de la casa y a «alterar el pacífico *far niente* y holgazanería de todos los servidores». Tras un aparatoso fondo folletinesco, la novela acaba con la esperada boda («La granja de Calcena es una granja modelo. El señor de Calcena ha llegado... ¡horror!, hasta a ayudar a misa a su capellán»). La novela defiende esta inofensiva e idílica «regeneración» como remedio a los males de la Patria y a la perversión política, que ve encarnada en «ese temible y poderoso enemigo que es el socialismo que surge».

El maurista Rafael Pamplona, futuro alcalde de Zaragoza, se haría pronto con el control de todos los órganos de poder regional desde la Alcaldía al consejo de gobierno de la Caja de Ahorros de Zaragoza; desde la Cooperativa «San Antonio» de casas baratas al «Bazar del Hogar Modesto». Y, para completar su labor paterna-

lista, se dedicó en sus anacrónicas y tendenciosas novelas, a arrojar disolvente a granel para limpiar las manchas de las ideas políticas de los obreros, a defender el paternalismo de los «caciques buenos», a abominar del regeneracionismo de Costa y a promover el «sano aragonésismo» que alumbraban manifestaciones literarias tan saludables como el baturrismo.¹⁵

Con un criterio amplio podría incluirse en este capítulo a otros novelistas, como el carlista conquinense Manuel Polo y Peirolón (Cañete, Cuenca, 1846-Valencia, 1918) enamorado de las tierras turolenses¹⁶ o al conservador abogado y alcalde bilbilitano Juan Blas y Ubide (1852-1923), autor de dos novelas de costumbres *Sarica la borda* (1904) y *El licenciado de Escobar* (1905). Ambas están ambientadas en las topografías alegóricas de «Cerrillares» y «Escobar», microcosmos rurales que, como Maluenda y otros pueblos próximos a Calatayud, surtieron de personajes sus novelas y de clientela a su bufete de abogado. La más «regeneracionista» de las dos, *El licenciado de Escobar*, es una didáctica fábula protagonizada por Felipe Marta, abogado y ganapán sin oficio ni beneficio, quien, después de una vida disipada, será redimido finalmente por el trabajo de la tierra, con el premio añadido del amor de Lolica, antigua novia zaragozana en envidiable posición económica.

JOSÉ GARCÍA MERCADAL, UN REGENERACIONISTA JUSTICIERO

Una perspectiva combativa similar a la de Queral o a la de Manuel Bescós Almodévar (Escanilla, 1866-Huesca, 1928), ácido narrador y poeta que tomó el expresivo nombre de batalla de «Silvio Kossti», la representa el joven abogado y escritor zaragozano José García Mercadal (1883-1976), autor de *Los cachorros del León* (1912), apasionada novela escrita al calor de la amistad y la veneración que profesaba al Grande Hombre de Graus.¹⁷

El periodismo marcó los comienzos de su dedicación a las letras. A través de la plataforma de la prensa, quien ya había dado tempranas muestras de su pluma

¹⁵ Algunas de estas novelas son *El asalto al fuerte Aventín* (1912), *Don Martín el Humano* (1918), *El cura de misa y olla* (s. a.), *El charlatán político* (1924), *Los amarillos* (1922), *El camino de los ciegos* (s. a.), *La ciudad dada al diablo* (1926), *La nueva era. Los pueblos dormidos* (s. a.) y *La tierra prometida* (s. a.).

¹⁶ Prolífico novelista que encontró siempre en Menéndez Pelayo a su prologuista de cabecera, en presentaciones en las que el sabio santanderino bendecía su reaccionarismo y su ubicación militante a espaldas del progreso científico, social y político. Sus novelas pretendieron convertirse en antídotos contra las modernas plagas del naturalismo, el liberalismo, el divorcio o el darwinismo. En algunas de ellas idealizó el paisaje turolense, con sus costumbres, folclore y tradiciones, en cuadritos de cuño peredista: *Los mayos. Novela de costumbres populares de la sierra de Albarracín* (1878), *Sacramento y concubinato. Novela de costumbres aragonesas* (1884) o *Pacorro* (1905), subtitulada «novela de costumbres serranas», también ambientada en tierras turolenses.

¹⁷ Madrid, Librería de Francisco Beltrán, 1912.

en la serie de ágiles crónicas urbanas «Guía del viajero en tranvía» (recogidas en 1908 bajo el título de *Zaragoza en tranvía*),¹⁸ hizo pública su temprana profesión de fe regeneracionista, que comenzó con la fundación y dirección de *La Revista Aragonesa* (1907-1908) —nacida al calor de la Exposición Hispano-Francesa de ese último año—, y siguió con *La Correspondencia de Aragón* (1910) y el semanario *Aragón* (1912), germen y plataforma de un regionalismo conservador que maduró en las páginas de *La Crónica*, la cual fundó en 1912 y dirigió hasta 1916. De la fe costista que guió siempre su aragonesismo da cuenta la cartilla costista que constituyó la base de una conferencia impartida en 1913 a los dependientes de los diversos gremios de la ciudad de Zaragoza, así como el popular *Ideario Español*. Costa, antología de 1919 varias veces reeditada.¹⁹

Me limitaré aquí a considerar una obra única en su género: *Los cachorros del León* (1912), novela-reportaje en clave redactada desde la necesidad testimonial de quien acompañó los últimos estertores de Joaquín Costa y fue testigo de las idas y venidas de los caciques y políticos gubernamentales disputándose los despojos aún calientes del León de Graus. Una hábil operación política facilitó el que los zaragozanos asaltaran el tren que llevaba el féretro a Madrid y que, finalmente, contra la voluntad de la familia, los restos de Costa fueran inhumados en Zaragoza. Pero el olvido de la vida y la obra del superhombre, simbolizado en el abandono en que permanecía su tumba, pondrá en pie a un nutrido grupo de indignados jóvenes grausinos («descendientes de los almogávares», «ejemplares magníficos de la raza») quienes, con motivo de la tercera conmemoración de la muerte de Costa, viajan a Zaragoza capitaneados por Silvio Kossti, destrozan con sus estacas el raquíptico mausoleo dedicado a Costa y descalabran las cabezas y muelen los costillares de la politiquería regional, la cual, ante tan inesperada lluvia de golpes, huye atropelladamente del cementerio.

En realidad, el desenlace no fue así. La pasión costista del joven Mercadal le llevó a escribir la crónica de un sueño con final feliz, aunque nunca lo llegara a ver realizado. Pero la ficción de *Los cachorros del León* es un «relato real» que apenas se aparta de la versión de los acontecimientos que podían leerse en la prensa diaria. Así, el día 9 de febrero de 1911, al dar noticia del fallecimiento de Costa, acaecido en la madrugada del día anterior, el *Heraldo de Aragón* anunciaba ya que, por deseo de la familia, su cadáver sería inhumado en Madrid, donde Canalejas se había comprometido a que el sepelio estuviera revestido de «grandiosos caracteres de homenaje». Como sostenían también desde Moret y Romanones a Marcelino Menéndez Pelayo, la significación nacional del León de Graus

¹⁸ Reeditado facsimilarmente por la Diputación Provincial de Zaragoza en 1985.

¹⁹ Sobre García Mercadal, véanse, entre otros, mi libro *El modernismo literario en Aragón*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1989, pp. 141-144; José Luis Melero Rivas, «Un gran aragonesista olvidado: José García Mercadal», *Ebro*, 3 (2003), pp. 101-111; Juan Domínguez Lasierra, «José García Mercadal (1883-1975): Escritor, periodista, editor, traductor: grafómano», *Turia*, 79 (2006), pp. 167-189.

requería ese reconocimiento multitudinario y el entierro de sus restos mortales en el Panteón de Hombres Ilustres de la nación.²⁰ También los círculos republicanos de todo el país comenzaron a organizarse para homenajearle.

La reacción de las fuerzas vivas zaragozanas no se hizo esperar y, como se indica en la novela, ese mismo día Basilio Paraíso, Presidente de la Cámara de Comercio, y los periodistas Tomás Romero y Antonio Mompeón Motos, gerente este último del *Heraldo de Aragón*, se desplazaron a Graus para conseguir la aprobación del hermano del ilustre finado. La negativa de Tomás Costa a Paraíso no fue obstáculo para que en los días sucesivos el *Heraldo* orquestara una campaña propagandística con el objeto de que la idea arraigara en las capas populares de la ciudad del Ebro. «Zaragoza quiere ser la depositaria del cadáver» fue el eslogan más repetido. Varios intelectuales influyentes —Cambó, Azorín, Ramón y Cajal, Echegaray, Maeztu, Dicenta, entre otros— unieron sus firmas a los argumentos del diario regional y, desde la Presidencia del Gobierno, las reticencias de Canalejas favorecieron que los restos mortales no pasaran de la estación del Norte y fueran inhumados en el cementerio de Torrero.²¹

Pero si la crónica del entierro narrada por García Mercadal reproduce con fidelidad los acontecimientos de aquellos días de luto nacional, las páginas finales constituyen un acto de «justicia política» o, al menos, un desahogo del novelista ante el olvido del Maestro y ante el abandono y la desidia colectiva en la que permanecía su tumba. A los pocos meses de su muerte, ya nadie se acordaba del utópico y colosal proyecto de Mariano de Cavia, consistente en tallar en el Moncayo su profética cabeza en tamaño colosal para que pudiera verse desde todos los puntos de Aragón.²² De ahí que un virulento artículo del *Heraldo*, aparecido el 14 de diciembre de 1911 («La sombra de Costa y la vergüenza de Zaragoza»), recriminara a la Junta Municipal responsable de la erección del mausoleo a Costa su apatía y su nula voluntad de contribuir a honrar su memoria. Cuatro días

²⁰ Aunque Menéndez Pelayo dejó constancia de las «distancias insalvables que los separaban de aquel energúmeno que insultó a los españoles de ahora y a los españoles que fueron, perdiendo en sus juicios la serenidad de ánimo a impulso del apasionamiento sectario» (*Heraldo de Aragón*, 9-XI-1911).

²¹ G. J. G. Cheyne, quien apenas alude a la muerte de Costa en su libro *Joaquín Costa, el gran desconocido*. (Prólogo de J. Fontana y epílogo de E. Fernández Clemente, Barcelona, Ariel, 2011), recoge una carta de José Valenzuela la Rosa al doctor José Chabás que contribuye a clarificar los entresijos de este episodio en la línea denunciada por el joven Mercadal: «Presencié yo en Graus sus últimos momentos [los de Costa] que fueron por demás emocionantes. Entonces se disputaron su cadáver Madrid y Zaragoza. El gobierno de Canalejas quería enterrar a Costa en el Panteón de Hombres Ilustres porque no se atrevía a privar de ese honor a Costa y de esa satisfacción a las izquierdas, pero al mismo tiempo temía que el acto diera lugar a una imponente manifestación republicana en Madrid; por eso consintieron las autoridades que el pueblo de Zaragoza detuviera el tren que conducía el féretro y se apoderase de éste. El gobierno manifestaba su desagrado, pero ocultamente enviaba telegramas (que yo he visto) a sus agentes y adeptos encargándoles que hicieran lo posible porque el cadáver no llegara a Madrid. Y no llegó» (p. 168).

²² Proyecto que Dionisio Lasuén intentó adaptar de modo que, sin dejar de ser digno y grandioso, pudiera ser realizable («El sepulcro de Costa», *Heraldo de Aragón*, 12-II-1911).

después, una carta de Tomás Costa al director del periódico lamentaba el desafortunado momento «en que fue forzada mi inclinación y mi deseo» y aquella aciaga parada de la comitiva fúnebre en la estación del Norte, con la macabra odisea del cadáver de su hermano desde uno al otro lado del Ebro». Y, pese a mostrar agradecimiento a la ciudad, anunciaba que iba a emprender las gestiones necesarias para llevarlo a Madrid.

Los cachorros del León sitúa los violentos acontecimientos del cementerio de Torrero en 1914, es decir, durante la conmemoración del tercer aniversario de la muerte de Costa, pero el episodio está inspirado en la ceremonia de colocación de la primera piedra del mausoleo, en la tarde del 12 de febrero de 1912, año que precisamente figura en el pie de imprenta de la novela. Si no hubo vapuleos y descalabros, sí amenazas, gritos airados, empujones y golpes contra los muchos invitados al acto «que representaban el régimen político contra el que Costa luchó». La tensión subió de tono hasta el punto de que, según el periódico, estuvo a punto de suceder un «choque sangriento». Los gritos de «Fuera», «Farsantes», o «Costa no necesita quien le bendiga» aceleraron la finalización del acto y ahogaron la autocomplaciente retórica de los próceres de la región.²³

Los cachorros del León, en suma, presenta el mismo mundo escindido de las novelas regeneracionistas anteriores, avalado por el patrón de escritura beligerante o «tendenciosa» que Pérez Galdós acuñó en sus primeras obras. Se trata de una novela en la que todos sus ingredientes narrativos se pliegan a la tesis o lección ideológica cuya solución el novelista tiene prevista de antemano. En ella, la «demostración» de una verdad ideológica preconcebida se impone sobre la individualización de personajes y de espacios, ya que lo único que importa es la lección que se quiere impartir. Por eso, como en la *Doña Perfecta* o la *Gloria* galdosianas, los nombres de las ciudades son abstractos, aunque la coherencia con la inmediatez testimonial y casi periodística exige en este caso que los personajes y los espacios de la historia sean reconocibles. Así, Costa agoniza en Gradás (Graus), localidad de la provincia de Hoscabe (Huesca), ciudad de la región de Alacón cuya capital es Farsala (Zaragoza), de menor entidad que otras ciudades de Hesperia (España), como Ferrópolis (Bilbao) o Barcino (Barcelona). Ríos y montes están sometidos también a esa desrealización alegórica (Iberus, Pirene, Monte Cayo).

Reconocibles por el lector son también los personajes y representantes de la política madrileña y regional. Todos ellos son objeto de un tratamiento alegórico con una finalidad en algunos casos caricaturesca y ridiculizadora: Baltasar de Tigris (Basilio de Paraíso, una de las tres cabezas de la Liga Nacional de Productores, junto con el vallisoletano Santiago Alba y el propio Costa), Jesús Canillejas (José Canalejas, presidente a la sazón del gobierno liberal), etcétera. Entre los

²³ «Lo sucedido ayer en Torrero», *Heraldo de Aragón*, 13-II-1912.

personajes amigos se encuentra Miguel de Calanda (el periodista zaragozano Mariano de Cavia, cuyos artículos en la prensa madrileña llamaron periódicamente la atención sobre el abandono y el deterioro físico de Costa en los últimos días de su vida y el olvido posterior de su figura), su hermano Tomás Costa (Mamés en la novela) o Mario Escós, su amigo Manuel Bescós Almudévar.

La tesis que defiende García Mercadal en su novela es doble: de una parte, desarrolla todo el repertorio de tópicos presentes en la literatura regeneracionista para fustigar los males y la decadencia del país; de otra, narra los últimos días de Costa para oponer su eficacia redentora —y la de los nuevos Costas que sigan su estela— a la inoperancia de la política y a la ignorancia y la incuria del pueblo.

En esta novela, los políticos están representados, casi con exclusividad, por los liberales, aludidos como los «rojos». Aunque el color era lo de menos pues, como denunciaban las prédicas regeneracionistas, los dos partidos que asumieron «por turno» el poder a lo largo de la Restauración desarrollaron unas perversiones políticas similares que fueron todavía más flagrantes en sus extensiones provinciales y locales. De ahí que lo que se ventila en *Los cachorros del León* es la apología del apoliticismo, que Costa predicó con el ejemplo de su efímero paso por la política.²⁴ Despreciaba a los políticos contemporáneos —«tornasolados», como los del tiempo de Larra— por su incapacidad para poner remedio a los problemas nacionales de una España recién salida de la Semana Trágica, miserable y empobrecida que, sin haber olvidado el Desastre, sobrevivía con varios frentes abiertos: entre ellos, el de las revueltas obreras en Barcelona, Bilbao, Zaragoza y otras ciudades, o la dolorosa sangría africana.²⁵

²⁴ La irrupción de Costa en la arena política —bajo las siglas de la Unión Republicana, unificada por Nicolás Salmerón— lo llevó a las Cortes por Gerona, Zaragoza y Madrid. Comenzó en 1903 y finalizó en 1906 (aunque en 1904 ya había presentado su dimisión ante los dirigentes del partido). Profesó siempre un combativo «apoliticismo» proclamado con frecuencia desde distintas tribunas: «Desde 1903 no he tenido ocasión de rectificarme. No he reconocido nunca en los hombres que nos gobiernan derecho para ello. Me nombrasteis diputado [en 1903 y en 1905 por Zaragoza, «por propia iniciativa y sin el apoyo de un cacique o gobernador], pero yo no lo he sido jamás de hecho y de esa manera no tuve necesidad, ni aun en broma, de prometer respeto a unos deberes que según los mismos Cánovas y Maura, no son la genuina representación del pueblo» (*Heraldo de Aragón*, 10-II-1911). Para Carlos Forcadell, este breve paso por la política activa «constituye una etapa fundamental en su biografía, porque es ahora cuando convierte sus ideas, sus análisis y elaboraciones doctrinales sobre la dirección de los asuntos públicos, sus convicciones y sus críticas, en programas políticos y en empresas nacionales, que han de ser trasladadas al conocimiento general». (En Ignacio Peiró Martín, dir., *Joaquín Costa. El fabricante de ideas*, Zaragoza, Vicerrectorado de Proyección Cultural y Social, Sociedad Estatal de Acción Cultural, Gobierno de Aragón, 2011, p. 100).

De todos modos, nadie acertó a describir el caciquismo de un modo tan preciso como el periodista Antonio Aparicio Porcal, en dos impagables capítulos —«El cacique rojo» y «El cacique negro»— de su libro *Pajaracos y gorrionas* (1882) y la similitud de comportamientos del cacicato rural en cualquiera de sus variedades cromáticas.

²⁵ García Mercadal condensa en el capítulo séptimo de su novela («Los obreros gritan y los rojos se despiertan») estos nuevos «males de la Patria» que sirven de telón de fondo a los últimos años de soledad del enfermo León grausino.

La dedicatoria que figura al frente de *Los cachorros del León* es ya en sí misma quintaesencia de todo un programa de regeneracionismo interior de resonancias krausistas:

A cuantos hombres sinceros lean estas páginas, a cuantos sepan mantener sus ideas políticas, sean las que fueren, lejos de la lepra personalista que tantas inteligencias corroe, a cuantos admiren sin envidia y juzguen sin pasión y opinen por encima de su interés y lejos de su egoísmo, dedicado va este libro con toda simpatía y con toda fraternidad.

Pero el joven escritor zaragozano aspiraba a metas más ambiciosas. Publicada al año siguiente de la desaparición del superhombre de Graus, la novela pretendía ser un acto de reparación de su excelsa figura. Adelantándose en muchas décadas a los planteamientos del *New Journalism* norteamericano, la crónica mercadaliana se sitúa entre la realidad y la ficción. Se acoge al género novelesco para narrar de modo pormenorizado unos hechos mezquinos e indignos de los merecimientos de Costa. Pero el resultado es más una novela que una crónica: una obra testimonial e incluso «tendenciosa» y solo subsidiariamente documental o realista, dadas sus pretensiones de trascender la realidad a través de los caminos del mito y la utopía. El autor hace explícita esta mixtura de planos al reconocer que su novela se trata de una crónica, «solo a medias histórica». Afirmación que volverá a sostener al comienzo del capítulo final, al reconocer que «esta historia es solo a medias falsa».²⁶

Desde las primeras páginas, el León de Graus aparece revestido de los más altos títulos humanos y divinos, como únicamente han reunido en sus personas los contados hombres superiores o «representativos» que han descollado en la historia de la humanidad y que mostraban las galerías románticas *On Heroes* (1841), de Thomas Carlyle, y *Representative Men* (1850), de Ralph W. Emerson. La transposición del desierto bíblico a las sagradas y desoladas tierras monegrinas convertirá a Costa en un nuevo Moisés anunciando la nueva aurora y agitando desde el Sinaí la pasividad de un pueblo ignaro y ahído de malos políticos. Un nuevo Prometeo, en fin, con la voz rota y las entrañas desgarradas:

Él recogió la triste herencia de una patria que se desangraba en medio del arroyo, abandonada por sus hijos empavorecidos tras el Desastre; y tronó su voz como estallido estentóreo de la gran tormenta de su corazón y su cerebro, cargados de su dolor y pesadumbre con todas las desventuras de su Hesperia querida; y vibró en aquella la pretensión de alzar una leva de hombres honrados, de patriotas espíritus, almas viriles que arder supieran en holocausto de una idea, voluntades dispuestas al caudillaje de aquel fiero Prometeo desencadenado, en cuyas entrañas hundieran sus corvos picos los gerifaltes de las desventuras sociales, y en cuyo corazón ardía santo y magnánimo el deseo de redimir a Hesperia de una servidumbre odiada y combatida. La servidumbre política.²⁷

²⁶ Aclaraciones metafictivas que, salvando todas las inmensas distancias que haya que salvar, recuerdan la dialéctica entre relato real y realidad ficcional presente en las últimas novelas de Javier Cercas.

²⁷ *Los cachorros del León*, pp. 10-11.

Dicha semblanza inicial, que ocupa todo el primer capítulo, abunda en hiperbólicas protestas de admiración hacia el héroe grausino como caudillo, apóstol, Quijote, Moisés, cíclope o profeta, y de orgullo al descubrir en él al heredero de los valores más perdurables de la raza aragonesa. La sacralización sube de punto al equiparar las iniciales de Joaquín Costa con las de Jesucristo, como también la agonía de Costa acompañado de su hermana y de dos o tres amigos parece una réplica de las últimas horas de Cristo en la cruz.

En las gigantescas proporciones de su carácter, todas las virtudes y cualidades encuentran albergue. Como se leía en una vigorosa alegoría mercadaliana, Costa había nacido de la elementalidad cósmica de su sagrada tierra aragonesa, y seguía fundido con ella: con la sequedad de espíritu de los cabezos pelados, la noble franqueza y la llanura de sus vegas... Era, en suma, «el paisaje aragonés hecho carne, lo seco, austero y rígido de los descampados, la rudeza y altiva independencia de sus sierras, la rebelde impetuosidad de sus ríos acrecidos por los deshielos... Su humanidad (todo corazón, como desvela su nombre novelesco —Juan Corazón—), sus pupilas fulgurantes por los resplandores del incendio interior, su voz de Júpiter tonante o sus trenos de Isaías.

García Mercadal recurre a una serie de metonimias de naturaleza hiperbólica para enfatizar los registros de «aquel borbotante fluir de la pedagogía redentora del Maestro» y sus efectos en los oídos de una «generación encanijada», que vegetaba en una «tranquilidad de desierto abisinio o, mejor aún, de moscovita estepa»: «En su apostolado, y después de tronar iracundo y violento, colérico y altivo, siendo el verbo elocuente de la verdad, sabía infantilizar su espíritu y hablar a los hombres como si fuesen niños, perfumando sus palabras con los aromas de la piedad y robusteciéndolas con el vigor augusto de la justicia, sentimientos ambos que dominaron su vida y su obra».²⁸

Etopeyas de tan elevados y vibrantes registros definen la vehemencia del joven García Mercadal al escribir *Los cachorros del León* para desagaviar a Costa del olvido en que había quedado sumida su excelsa figura a poco de su muerte. Muchos de esos ditirambos eran habituales en la prensa de la época, especialmente en la más sensible a los mesiánicos desahogos de la utopía regeneracionista. García Mercadal los reunió en su novela para levantar con ellos su particular mausoleo de tinta al Grande Hombre de Graus, a modo de homenaje perdurable que compensara la cicatería y la indiferencia de la propia tierra que guardaba sus cenizas.

²⁸ *Ibid.*, p. 11. Sobre la exaltación de la figura del Grande Hombre de Graus, cfr., entre otros, Carlos Serrano Lacarra, «Tratamiento, interpretaciones y mitificación de la figura y obra de Joaquín Costa», y José Domingo Dueñas Lorente: «Notas sobre la interpretación mesiánica de la figura y obra de Joaquín Costa», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 13 (1996), pp. 313-359, y 14 (1997), pp. 97-122, respectivamente.

Costa según Cheyne, y un apunte sobre Costa y Barcelona



Por Eloy Fernández Clemente

Viernes, 6 de mayo
a las 19,30 h
en la Sala Costa
del Centro Aragonés
de Barcelona



LA OBRA COSTISTA DE GEORGE J. G. CHEYNE

ELOY FERNÁNDEZ CLEMENTE

A Assumpció Cheyne,
compañera y colaboradora de George, y buena amiga

EL HISPANISTA INGLÉS

Al presentar la reedición de la biografía de Costa tan oportunamente realizada casi cuarenta años después,¹ evoco la figura de su autor, el profesor George James Gordon Cheyne (Londres, 1916-Newcastle upon Tyne, 1990), querido maestro de todos los costistas del último medio siglo, y quiero rendirle un pequeño pero justísimo homenaje de amistad y recuerdo personal, de devoción de discípulo. Como ha escrito Lorenzo Martín-Retortillo, «forma parte George Cheyne de esa deslumbrante pléyade de hispanistas que peso tan decisivo está teniendo para el cabal conocimiento de tantas cosas de las Españas. Conocimiento que nos atañe a nosotros mismos, pues nos da hechas ingentes labores que, una vez realizadas, parecerán elementales... Pero, no solo hilvanar los conocimientos antes no existentes. Darles, también, una resonancia y una proyección difícilmente sospechable...».²

Sabemos bastantes cosas de su vida escolar y profesional gracias a Alberto Gil Novales: «Nacido en Londres el 15 de noviembre de 1916, se educó en una escuela privada, y luego enseñó inglés en Nimes y Toulouse. Pisó tierra española por primera vez en 1941, trabajando en cuestiones relativas a prisioneros de guerra

.....
¹ George J. G. Cheyne, *Joaquín Costa, el gran desconocido*, prólogo de Josep Fontana, epílogo de Eloy Fernández Clemente, Barcelona, Ariel, 2011, 287 pp. Presenté esta reedición en el Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, el 24 de febrero de 1911, y luego en el Centro Aragonés de Barcelona, el 6 de junio de ese mismo año. Reúno aquí, además del texto de estas conferencias, muy ampliado, lo dicho en Graus el 8 de febrero de 1991, en el 80 aniversario de la muerte de Costa y unos meses después de la suya, bajo el título «A nuestro maestro George J. G. Cheyne. In memoriam», texto que quedó inédito.

² Lorenzo Martín-Retortillo Baquer: «En homenaje a George Cheyne», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 7 (1990), pp. 99-102.

aliados en España (campo de Miranda de Ebro: sobre esta cuestión nos hubiese gustado saber algo más, pero en su modestia nunca lo aireó). Vuelto a Inglaterra, se ganó la vida enseñando en la escuela privada y luego en una politécnica, al mismo tiempo que se licenciaba en lengua y literatura españolas, para lo cual asistió a los cursos nocturnos del King's College de Londres. En Birbeck College cursó también francés. Inmediatamente pasó a ser profesor en la Politécnica de Oxford y a tiempo parcial en el King's College». ³

Licenciado, pues, en 1959, se propuso dedicar su tesis doctoral a la bibliografía de Costa, y así fue, culminando el trabajo al doctorarse en 1968 en la Universidad de Newcastle upon Tyne, ⁴ a la que se había trasladado en 1961 (aún dependía entonces como College de la Universidad de Durham, de la que se independizó un par de años después), de cuyo Departamento de Estudios Hispánicos y Latinoamericanos sería más tarde director hasta su jubilación en 1982, perteneciendo a The Association of Hispanists of Great Britain and Ireland y también a la Anglo-Catalán Society, de la que fue presidente en 1983. Allí desplegó una actividad muy destacada, iniciándose en una infinidad de lecturas sobre el entorno de Costa. ⁵

EN EL MUNDO DE COSTA

Cheyne conoció pronto a la hija de Joaquín Costa, Pilar Antígona Costa Palacín. El secreto de ese encuentro nos lo explicó Alfonso Ortega Costa, hijo de doña Pilar: su hermano mayor, Juan, se había hecho amigo entrañable en los años veinte, estudiando Derecho en Barcelona, de Joan Francesc Vidal i Jové, el célebre catalanista de Esquerra Republicana, quien luego sería el suegro de Cheyne, y le introduciría en casa de la hija y los nietos de Costa. Lo contaría Alfonso Ortega Costa en 1990: «En septiembre de 1959, don Joan Francesc Vidal i Jové escribió a mi madre una carta de presentación en la que decía: “Entre las cosas pintorescas que me han salido con los años, he de señalar un yerno inglés que se llama G. J. G. Cheyne, muchacho encantador y con el grave defecto de ser inteligente, que casó con mi hija Asunción (la que es médico)”». ⁶

Así nos lo contaba George en 1983: «... llegué a conocer en 1960 a doña Pilar, hija de Costa, con quien pude hablar a solas y largamente en varias ocasiones. Mis

³ Alberto Gil Novales, «In memoriam. George J. G. Cheyne (1916-1990)», *Historia contemporánea* (revista de la Universidad del País Vasco), 5 (1991), pp. 11-12.

⁴ Parte principal de esta tesis constituirá cuatro años después el tan decisivo estudio bibliográfico.

⁵ Ver el artículo de su colega y amigo el profesor de la Universidad de Sheffield Frank Pierce: «En recuerdo de George James Gordon Cheyne», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 8 (1991), pp. 9-10. Pierce había sido su «admirador y examinador de su tesis doctoral».

⁶ Alfonso Ortega Costa: «Costa en el recuerdo de sus familiares», en José Manuel Mata Castellón y otros, *El legado de Costa. Huesca, septiembre de 1983*, Zaragoza, Ministerio de Cultura y DGA, 1984, pp. 123-137. Alfonso Ortega Costa, *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 7 (1990), p. 90.

conversaciones con ella sobre su padre, las primeras que había mantenido, según me confió, en su vida, afianzaron mi decisión de dedicar mi esfuerzo de investigador a don Joaquín, resolución que se hizo aún más fuerte cuando doña Pilar recomendó a sus hijos que me ayudasen tanto como pudiesen. Espero de verdad no haber defraudado a doña Pilar, cuya franqueza y bondad han dejado en mí una impresión muy honda».⁷

A partir de entonces comienzan los viajes de Cheyne a Graus, donde no solía faltar en los veranos entre 1960 y su muerte treinta años después. Alfonso Ortega Costa recordaba ese primer viaje por las tierras de Costa: «... convinimos en desplazarnos en el Citroën 2 caballos de mi hermano médico Rafael, modelo que era entonces novedad, en una excursión rápida de una jornada, para visitar los paisajes nativos de Aragón y el ambiente rural de las poblaciones en las que vivió su infancia, pubertad y juventud Joaquín Costa. En nuestra primera etapa, llegados a la población de Monzón, nos dirigimos a la calle Mayor para visitar la casa natal de Costa, entonces panadería. Cheyne provisto de una buena cámara fotográfica procedió a tomar diversos encuadres de la fachada y la placa conmemorativa que figura en ella... Seguimos nuestro camino hacia Graus. En su visita turística recorrimos la plaza porticada del ayuntamiento, la plaza de Coreche donde radica la casa en la que vivió la familia Costa Martínez; en la calle Mayor la casa donde murió nuestro autor y, al extremo de la calle Salamero el monumento que perpetuó la memoria de ese gradense adoptivo más ilustre».⁸

El sobrino nieto de Costa, don José María Auset Viñas, celoso guardián de cientos de legajos y cartas, recordaba que «con la llegada a Graus del profesor Cheyne, aquellos papeles aletargados por tantos años de soledad, cobraron inusitado movimiento en manos de este serio investigador y notable hispanista; pero no fueron solo estos fondos los que vieron la luz, sino también los del Archivo Histórico Nacional y muchos otros procedentes de personalidades que habían mantenido relaciones y correspondencia epistolar con Costa».⁹ A su paso por Huesca cuenta L. Martín-Retortillo que Cheyne decía que dormía mucho mejor desde que en la ciudad había un importante equipo de baloncesto, porque eso había obligado al hotel en que solía hospedarse a instalar camas especiales para personas de elevada estatura.¹⁰

A mediados de los sesenta, Cheyne publica sus primeros trabajos sobre Costa¹¹, embriones todos ellos de lo que poco después se integraría en la gran bio-

⁷ En el encuentro de Huesca, 1983, nos contó esas entrevistas. G. J. G. Cheyne: «Aspectos biográficos y bibliográficos de J. Costa», en *El legado de Costa...*, pp. 15-28.

⁸ En el n.º 7 de los *Anales de la Fundación...*

⁹ En el mismo n.º 7 de los *Anales*.

¹⁰ Lorenzo Martín-Retortillo Baquer, «George J. G. Cheyne y Joaquín Costa», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 16 (1993), pp. 41-42. Ver también, del mismo autor: «George J. G. Cheyne (1915-1990)», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 11 (1991), pp. 93-97.

¹¹ «Menéndez Pelayo, Costa and the premio extraordinario del doctorado en Filosofía y Letras», *Bulletin of Hispanic Studies* de la London University Press, t. XLII (1965), pp. 94-105; y en 1966 dos en el

grafía. También realiza importantes reseñas de los libros más importantes sobre Costa y su mundo en el *Bulletin of Hispanic Studies* de la Liverpool University Press.¹² Y es citado y reseñado allí frecuentemente como referencia imprescindible en cuestiones de historia literaria y cultural española del XIX.¹³

Como recuerdo en el epílogo a su biografía de Costa, cuando en el verano de 1967 me premiaron en *Cuadernos para el Diálogo* un trabajo que año y medio después sería editado por esa editorial y revista como *Educación y revolución en Joaquín Costa*, recibí una carta del hispanista inglés interesándose por ese futuro libro. Tenía él muy avanzada la biografía, así como la bibliografía y, como haría durante casi un cuarto de siglo hasta su muerte, nos preguntaba a los colegas, estudiosos, pronto amigos, acerca de mil pequeños detalles. Le contesté desde Teruel, y respondió el 8 de noviembre de 1967 desde Newcastle rogándome decidiera el título para poderlo anunciar, y que le llamara (daba sus señas) si iba algún verano a Madrid. Y trabamos una relación que solo terminó con su muerte, en 1990.

Lo que nos fascinaba de Cheyne era, en lo físico, su elegancia personal, su prudencia al hablar, despacio y suavemente, su mirada atenta e indagadora; en lo moral: su rigor y cuidado con el menor de los datos, su suave manera de comentar cada asunto, sugiriendo, no imponiendo un criterio, su incansable sed de avances. George era muy alto y algo desgarrado, caminaba distraído, concentrado en lo que decía y escuchaba. Extraordinariamente puntilloso a la hora de precisar un dato, podía estar semanas y meses en su busca, escribir a muchas personas preguntando, intentando enmarcarlo en su tiempo, lugar, ambiente, y explicarlo todo. En cierta ocasión afir-

bordelés *Bulletin hispanique*: «La intervención de Costa, en el proceso de Montjuich» (t. 68, n. 1-2, 1966, pp. 69-83); «Altamira, corresponsal de Costa» (t. 68, n. 3-4, 1966, pp. 357-364); y «Una correspondencia inédita: Amadeu Hurtado y Joaquín Costa», *Vida Nova*, 13 (1966), pp. 31-36. Todavía más: su ponencia de 1967 «La Unión Nacional: sus orígenes y fracasos», en *Actas del Segundo Congreso Internacional de Hispanistas*, Nimega; y su artículo del año siguiente: «From Galdós to Costa en 1901», *Anales galdosianos*, III (1968), pp. 95-98.

¹² Mi censo hasta hoy de las reseñas realizadas: *El pensamiento español (1898-1899)*, editado por H. Tzitsikas (vol. 47, 2, abril 1970, pp. 141 ss.); *La Revolución de 1868. Historia, pensamiento, literatura*, editado por C. E. Lida e I. M. Zavala (vol. 54, 4, octubre 1977, p. 348); *El gabinete del doctor Lombroso (Delincuencia y fin de siglo en España)*, de L. Maristany (vol. 53, 3, julio 1976, p. 253); *Entre la ciencia y la magia: Mariano Cubí*, de R. Carnicer (vol. 48, 2, abril 1971, p. 151); *Minuta de un testamento*, de G. de Azcárate, al cuidado de E. Díaz (vol. 47, 2, abril 1970, p. 141); *Hacia el 98: literatura, sociedad, ideología*, de J. López-Morillas (vol. 55, 2, abril 1978, p. 164); *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, de R. Pérez de la Dehesa (vol. 45, 3, julio 1968, p. 216); los *Documentos, diarios y epistolario*, de J. Sanz del Río, en edición de Pablo de Azcárate (vol. 54, 4, octubre 1977, p.348); *Derecho y revolución en el pensamiento de Joaquín Costa*, de A. Gil Novales (vol. 44, 4, octubre 1967, p. 302).

¹³ Sobre Cheyne se publicaron en el *Bulletin of Hispanic Studies* de la Liverpool University Press una serie de reseñas de J. L. Broks sobre su edición de *La barraca* de V. Blasco Ibáñez (vol. 43, 1, enero 1966, p. 74); M. H. Raventós a su *A Classified Spanish Vocabulary* (vol. 44, 2, abril 1967, p.141); otra sin autor ni paginación de su gran biografía (vol. 56, 2, abril 1979); otra de Reginald F. Brown de la bibliografía (vol. 56, 2, abril 1979, p. 156); una sentida necrológica de Peter Evans (vol. 68, 3, julio 1991, p. 407); y una nueva reseña, de Anthony H. Clarke a la correspondencia con Altamira (vol. 71, 3, julio 1994, p. 410).

mó: «... yo no he estudiado a un aragonés adusto y poco simpático, sino que he estudiado a un erudito y fino escritor... Y por eso mismo, cuando tropecé con don Joaquín, cuando leí en citas hechas por otros algunos de sus comentarios, quedé admirado y quise saber más, y cuanto más averiguaba más me sedujo, y la seducción se debió tanto a las ideas como a la elegancia y precisión con que las sabía expresar».¹⁴

El magisterio de George Cheyne sobrevuela en sus libros y artículos, con su dirección sugerente y discreta, con su propia obra de un asombroso rigor. Le recuerdo, con frecuencia acompañado por su esposa la dulce Asunción (hija como he dicho de Vidal i Jové, cuyos papeles anda ordenando, doctora en Psiquiatría, autora de un excelente estudio sobre Simarro), albacea amorosa, perfecta, de la obra de su esposo.

LA BIBLIOGRAFÍA. EL TALLER DEL HISTORIADOR

Cheyne, al igual que sus compatriotas historiadores hispanistas anglosajones John Elliott o Raymond Carr, fue continuador de esa filosofía analítica que se basa en el «taller del historiador», que tanto han desarrollado con sensibilidad otros grandes contemporáneos suyos como Hobsbawm y Thompson. Así nos cuenta su proceso intelectual, su método de trabajo:

Buscando información sobre su elusiva personalidad, hallé que no existía ni una guía fidedigna de lo que había escrito y que aquellos autores que habían trabajado sobre Costa, o habían confesado con franqueza que no querían emprender esta tarea o repetían sin sistema ni verificación las listas de libros o artículos que se compusieron poco después de muerto don Joaquín. Me pareció, pues, que lo primero que hacía falta era un examen bibliográfico de cuanto Costa había escrito y que eso sería a la vez una contribución útil a la historia del pensamiento español y un justo tributo a la memoria de Costa. Y eso hice. Al seguir la línea de su labor intelectual, vi que su obra encajaba, como en un molde casi perfecto, en los distintos episodios de su vida [...] Ha sido necesario sincronizar los hechos externos de su vida y su producción intelectual, abarcando con una misma mirada su carácter y su carrera para así revelar con claridad la unidad de su existencia, unidad precaria, pues desprovisto Costa de los soportes del amor correspondido y de la ambición satisfecha, parece haber seguido, como único derrotero, los avatares históricos que afectaron a su país.¹⁵

Necesariamente antes que la biografía, realizó la imprescindible bibliografía, sin la cual la mayoría, y él mismo, hubiéramos tirado la toalla. A pesar de tantos trabajos y dificultades, la tesis doctoral se termina y lee en 1968, y se edita, a la

¹⁴ Cheyne: «Aspectos biográficos y bibliográficos de J. Costa», en *El legado de Costa...*, p. 16.

¹⁵ Cheyne: *Joaquín Costa, el gran desconocido...*, pp. 16-17.

vez abreviada y aumentada, en inglés en 1972¹⁶. Es una impresionante tarea de paciencia, ordenación y aclaración de una obra ingente aparecida en diversos y a veces simultáneos diarios y revistas, ediciones y colecciones, recopilados y editados caóticamente por un hermano más apasionado que riguroso. Hubo de batallar contra muchas suspicacias y contra el atraso bibliotecario (salvo, contaba, la entonces llamada Biblioteca Central de Barcelona y el Archivo Histórico Nacional). Diez años después se editó en español, a la vez que la biografía.

Cheyne nos da cuenta, en el prefacio a su utilísimo *Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa (1846-1911)* de su proceso hacia Costa: «Cuando, en 1960, proyecté una tesis doctoral sobre “Vida y pensamiento de Joaquín Costa (1846-1911)” hallé gran dificultad en aclarar su pensamiento. Habíanse escrito en España y ambas Américas estudios... Su obra, sin embargo, estaba dispersa y, resultaba imposible obtener una visión de conjunto. No quedaba otra solución sino estudiarla cronológicamente y por temas. Pero, al buscar la bibliografía, me di cuenta de que no existía ninguna... Cambié, por tanto, el título de la tesis... En 1960 la atmósfera en España era hostil a un estudio sobre Joaquín Costa: aun después de muerto era claramente persona non grata... Para mayor complicación, no hay ninguna biblioteca en España que posea todas las obras de Costa; tampoco era fácil obtenerlas de los libreros de viejo... Entre 1964 y 1965, sin embargo, se liberalizó la actitud hacia el siglo diecinueve... Costa también se benefició de este cambio y poco a poco sus libros salieron de las trastiendas y almacenes en los que habían estado relegados».¹⁷

Cheyne nos contaba sus esfuerzos por examinar cada libro, artículo, discurso, etcétera, las bibliotecas consultadas a fondo (dos docenas, en siete ciudades), la consulta de repertorios, colecciones de prensa, editoriales, imprentas y personas que poseían periódicos o revistas difíciles de hallar, libreros de viejo, charlas con bibliógrafos, bibliotecarios, editores, curas párrocos de Monzón y Graus, particulares relacionados próxima o remotamente con Costa. Y concluía: «Con muy pocas excepciones, tales charlas fueron, desde el punto de vista puramente bibliográfico, muy decepcionantes, bien porque sus familias no habían tenido nunca escritos de Costa, o bien porque los habían destruido durante la guerra civil».

En fin, Lorenzo Martín-Retortillo se asombraba de que ante «el abigarrado rompecabezas en que consistieron las publicaciones de Joaquín Costa... uno no puede sino quedar impresionado por la hazaña de ver las piezas recompuestas. Fruto, además, de una labor artesanal y de método manual, que se demuestra tan

¹⁶ *A bibliographical study of the writings of Joaquín Costa, 1840-1911*, Londres, Tamesis Books, 1972, XIX + 189 pp.

¹⁷ Cheyne, *Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa (1846-1911)*, edición revisada y ampliada, traducida del inglés por Assumpció Vidal de Cheyne, Zaragoza, Guara, 1981, pp. 11-12 (Colección Básica Aragonesa, 33-34).

inteligente, aunque no contara con instrumental que suele hoy estar al alcance de los investigadores».18

LA BIOGRAFÍA: COSTA SEGÚN CHEYNE

Sobre esta excelente biografía, en el encuentro de Huesca, nos contó el cómo y el porqué de ese libro magistral: «Como saben, empecé por lo más difícil —la biografía— y fue tan solo poco a poco, a medida que estudiaba su obra, que fui entreviendo la vida de don Joaquín, vida sumamente ardua, frustrada, solitaria y triste, llena de tribulaciones e injusticias, pero soportada si no con calma, por lo menos sin rendirse a la desesperación (a pesar de pensar una vez, poco antes de empezar sus estudios superiores, en el suicidio)... Mi biografía, aunque escueta y básica, tiene el mérito de que... está basada en datos que tuve que desentrañar y seguir por muchos lados. En mi empeño de veracidad, tuve a la fuerza que entrevistarme con personas de mucha edad y, aunque estuve a tiempo de hablar de Costa con Azorín, Menéndez Pidal y Ramón Pérez de Ayala, en muchos otros casos llegué tarde...».19

El profesor Josep Fontana, en su magnífico prólogo, habla de los arrestos de Cheyne para lograr un estudio serio y objetivo «con una actitud sencilla y modesta, la tenaz dedicación y el largo esfuerzo», ya que tuvo que comenzar «desenredando la maraña de los escritos, publicados e inéditos, de Costa, en una investigación que resulta única y ejemplar en el terreno de la historia contemporánea española (no tenemos nada ni tan siquiera parecido a esto —escribía en 1971— para cualquiera otra de las grandes figuras políticas en los siglos XIX y XX».

Y añade, concluyentemente: «Lo que en estas páginas se nos ofrece es... la única biografía válida de Joaquín Costa que hasta hoy se ha escrito: la primera que nos ofrece una imagen veraz y coherente... Cheyne ha rescatado definitivamente a Costa de esa galería de figuras de cera, tanto más resonantes cuanto más huecas, que llamamos la “generación del 98”... creo que el libro de Cheyne descubrirá por primera vez a los lectores españoles la auténtica dimensión de la tragedia personal de Costa... no un fracasado, puesto que pagó ese precio con plena conciencia y jamás se arrepintió de lo que había hecho ni pensó en cambiar el camino emprendido... Este libro nos devuelve a uno de los más grandes, de los más íntegros —y, ¿por qué no?, de los más simpáticos— de estos hombres... Cuando el tiempo barra toda la hojarasca que se ha escrito sobre “el desastre del 98”... la obra de Cheyne quedará como pieza fundamental para esta tarea, apenas

18 Lorenzo Martín-Retortillo: «En homenaje a George Cheyne», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 7, 1990, pp. 99-102.

19 Cheyne: *Joaquín Costa, el gran desconocido...*, p. 17.

comenzada, de construir una visión válida de una etapa decisiva de la historia de la España contemporánea».

Gil Novales ha hablado de «esa extraordinaria biografía que, no me cansaré de decirlo, se lee como una novela —como una buena novela—», y Fontana señala que Costa había sido para su generación una figura atractiva y enigmática, y que Cheyne, cuyo método científico describe con precisión, había logrado hacerla aún más lo primero, incluso simpática, y había devuelto restaurada la malograda figura de uno de los hombres más grandes, más íntegros de su tiempo.

Lo que más llama la atención al leer el libro es el rigor y pulcritud con que está escrito; la extraordinaria delicadeza para definir, calificar, criticar; el excelente dominio del castellano; la ambientación de cada asunto, pulcritud investigadora: Graus y su comarca, etcétera. Una labor de documentación geográfica, económica, etnográfica. El biógrafo da mucha importancia a la familia, las costumbres, la infancia, en la que ya comienzan las humillaciones, los problemas físicos. También al viaje a París, los años de indecisión, el perfil del joven Costa. Y advierte: «en la España en que se movía el joven Costa no siempre era fácil distinguir entre la religión y la política».

Especial énfasis en el universitario, tratando con mesura el tema de las oposiciones. Es curioso cómo en Cheyne está casi todo en ciernes, apuntado con discreción, y luego otros estudiosos han podido ir desplegando cada asunto. Pasa sobre ascuas pero contando lo principal, necesario, sobre su amor con Elisa Bergnes. Es prodigioso cómo razona y nos lleva a considerar con respeto los temas más delicados, hasta entonces ignotos.

Un asunto tan intrincado como es el del pleito de La Solana, lo resuelve muy bien, dejando el material ordenado y explicado; aún nadie se ha animado en estos cuarenta años a abordar un tema que es un auténtico regalo para un buen jurista e historiador. Lo mismo ocurre con el tema de la Unión Nacional, otro regalo, pendiente aún de una larga y profunda clarificación y reconsideración.

Como ha subrayado Bravo Suárez: «Ninguna biografía anterior ni estudio posterior sobre su vida nos ha acercado tanto al Costa hombre, al sabio incomprendido, al titán en lucha solitaria y sufriente contra la hipocresía y la falsedad del mundo. Es sintomático de la cultura de un país o una comunidad que una biografía ejemplar sobre uno de sus hijos más ilustres lleve más de treinta años sin ser reeditada y sea hoy imposible de encontrar en las librerías, y eso cuando un año tras otro políticos de todos los colores y pelajes se llenan la boca hablando de alguien a quien, a buen seguro, si volviera a vivir ignorarían o harían la vida imposible como se la hicieron en vida».²⁰ Poco después de ese aserto, llegaba en buena hora esa reedición.

²⁰ Carlos Bravo Suárez: «George J. G. Cheyne, el hispanista que estudió a Costa», *Diario del Alto Aragón*, 10 de agosto de 2005; y luego colgado en la página web de la biblioteca de la UNED de Barbastro: http://www.barbastro.unedaron.org/Default.aspx?id_servicio=143.

GRATITUD INGLESA

Otro de los rasgos modélicos de la obra de Cheyne es su recuerdo a cuantos le han ayudado, en sus callados y pacientes pasos por bibliotecas y hemerotecas, archivos públicos y privados, entrevistas y consultas. Es siempre cuidadosísimo Cheyne en sus gratitudes. A las instituciones que le ayudan en el trabajo: el King's College de Londres —que le concede la beca Gabrielle d'Hardt para escribir la biografía de Costa—, al Leverhulme Trust Fund —que le concedió otra para recoger la correspondencia de Costa con hombres eminentes de su tiempo—, al Research Committee de su Universidad de Newcastle upon Tyne; siempre a su mujer, Asunción Vidal, a sus suegros, el matrimonio Vidal-Parellada («por su tolerancia y buen humor ante mis muchas peticiones de comprobar detalles»), a la hija y los nietos de Costa, a José María Auset Viñas y también a su anciano padre, y a una infinidad de corresponsales y amigos, sin olvidar nunca a los mecanógrafos de cada ocasión, como nunca lo olvidan los grandes escritores ingleses.

Un ejemplo: en su cariñoso y comprensivo prólogo, datado en 1989, a mis *Estudios sobre Joaquín Costa*, describe la nueva situación de los fondos archivísticos de Costa en Huesca: «En el Archivo Histórico Provincial de Huesca, bajo la dirección de María Rivas Pala y con la colaboración de Jesús Paraíso, se ha hecho un fascinante listado de toda la correspondencia de Costa, además de un inventario analítico de su obra escrita; ya no hay razón para dejar en barbecho la rica documentación que solo espera allí la llegada de los estudiosos».

LA EDICIÓN DE OBRAS DE J. COSTA POR GUARA

Será en 1981 cuando se produzca otro hecho crucial, al comenzar a editarse una colección muy pulcra dirigida por Cheyne, dotado de un especial «don de consejo» (expresión con que él titularía uno de sus libros), que ejerció con sencillez al frente de la comisión que cuidaba la excelente edición de las Obras de Costa, en Guara Editorial. Esto le preocupaba sobremanera, y con frecuencia nos transmitía la desazón que le producía el silencio y falta de liquidación de la editorial en los últimos años.

En esa colección se recoge la obra principal de Joaquín Costa, en doce tomos con introducciones y notas de expertos como Lorenzo Martín-Retortillo, Carlos Serrano, Jesús Delgado, Alberto Gil Novales, Cecilio Serena, Juan José Gil Cremades, José Luis Lacruz Berdejo, Elías Campo Villegas, y el propio Cheyne. Excelente aportación, muy cuidada por José María Pisa, que se basa en los estudios que en esos años han ido realizando, además de los citados, juristas del prestigio de Sebastián Martín-Retortillo, filólogos como José-Carlos Mainer y Agustín Sánchez Vidal, o sociólogos como Alfonso Ortí.

LA CORRESPONDENCIA DE COSTA

Los volúmenes tenían una gran pulcritud física y crítica, y entre ellos figuró su impecable *Epistolario de Joaquín Costa y Francisco Giner de Los Ríos (1878-1910)*. *El don de consejo*, 1983, en cuya introducción enfatiza sobre «el estudio, el trabajo, el don de sí, el deseo de abrir nuevos horizontes para la nación española, evidentes en cada una de las cartas...» y concluye deseando «que después de leído este Epistolario un sentimiento semejante [al de Giner] se apodere de aquellos para quienes Giner ha sido un desconocido y Costa un hombre en entredicho, acusados ambos durante mucho tiempo de haber encauzado a España por vías “exóticas”, que habían de privarla de una cualidad de difícil definición: el “españolismo”». Encuentra Cheyne en la correspondencia con Giner que «las cartas de Costa demuestran inquietud, deseo de actuar, de hacer algo, y una fogosa impaciencia ante los obstáculos que impiden que se rehaga la nación inerte...».

Ya antes había publicado, en 1979, *Confidencias políticas y personales: Epistolario Joaquín Costa-Manuel Bescós. 1899-1910* (Zaragoza, IFC), de la que deduce Cheyne al introducir el libro que «la prosa de Costa, aunque no compuesta con miras a la publicación, ilustra una vez más la razón por la que Azorín (como también Ortega, Marañón, Azaña y tantos otros) le considera uno de los escritores “más claros y precisos de nuestra lengua”».

Y todavía hubo una tercera entrega, ya póstuma, con *El Renacimiento ideal: epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911)*.²¹ Con la finura que le era propia, advertía Cheyne en la entrada de este último tomo cómo «en la correspondencia privada de un país se revela más íntimamente la vida cotidiana y, en comentarios ora espontáneos, ora reflexivos, se juzgan las preocupaciones grandes o triviales del momento. Y cuanto más cultos los corresponsales, más enjundiosos suelen ser sus juicios sobre hombres y hechos de su época. Este epistolario, escrito en un estilo sencillo y robusto, sin miras a una posible divulgación en la prensa del día, nos da una visión inmediata de los quehaceres y posiciones ideológicas de dos notables intelectuales españoles».

Muy recientemente ha glosado José-Carlos Mainer estos tres libros epistolarios costianos, «cuyo conocimiento debemos a los desvelos y la sensibilidad de G. J. G. Cheyne», añadiendo que «detrás de todas estas cartas están los proyectos, las esperanzas... y también la retórica y el fatalismo que eran consustanciales a Costa»,²²

²¹ Alicante, Instituto Gil Albert.

²² José-Carlos Mainer: «1979-1984-1992: Costa en sus cartas», *Revista de Andorra*, 10 (Andorra, 2011), pp. 57-58.

EL ENCUENTRO DE HUESCA EN 1983

Las gestiones de José Ramón Bada, consejero del recién formado primer gobierno electo de la Comunidad de Aragón, lograron que el Gobierno central adquiriera una notable cantidad de documentos de Costa que acababan de salir a subasta, lo que permitía la creación en Aragón de un archivo de Costa de titularidad estatal en el Archivo Histórico Provincial de Huesca. Tras ello, se celebraron en Huesca, del 22 al 24 de septiembre de 1983, unas importantes jornadas de estudios sobre «El legado de Costa».

George J. G. Cheyne, el maestro y amigo de todos nosotros, con su enorme sencillez y afabilidad, era, sin duda, la figura central. En torno a él nos reunimos Alberto Gil Novales, Fermín del Pino, José Manuel Mata, Agustín Sánchez Vidal, Alfonso Ortega Costa, Carlos Serrano, Asunción Cheyne, José R. Bada, Simeón Martín Rubio, José María Auset Viñas, y su hijo José María, Jacques Maurice, Jesús Delgado Echeverría, Lorenzo Martín-Retortillo, Alfonso Ortí, y yo mismo. Nos diseñó algunas de las futuras líneas de investigación por él posibilitadas, para «rellenar» su biografía, que aún consideraba incompleta: así, el estudio de la vida familiar, del Costa superdotado, del Diario y las Notas, del estudiante y el investigador, de la Universidad y los intelectuales, del Costa escritor, de su actitud ante la Iglesia, etcétera.

Fue allí donde nos explicó sus razones costistas: «¿Cómo es que un inglés haya pasado tantos años estudiando la figura y obra de un aragonés que, además de haber sido *persona* claramente *non grata*, tenía fama de hombre adusto y poco simpático? La contestación es fácil si se añaden algunos detalles que suprimen el tópico y perfilan la realidad: soy un hispanista inglés; en segundo lugar, yo no he estudiado a un aragonés adusto y poco simpático, sino que he estudiado a un erudito y fino escritor».

Las actas de ese decisivo encuentro, ya citadas, se editaron en 1984, y tres años escasos después, con gran diligencia, se habían ordenado muchos de esos documentos, de modo que la prensa podía titular a 24 de agosto de 1986: «Diez mil cartas de la familia Costa, casi dispuestas para su estudio». Y en 1993, la eficiente directora del Archivo de Huesca, María Rivas Palá, dirigía y publicaba un utilísimo inventario.²³

LOS ENSAYOS

En 1992, se realizó la edición, también póstuma desgraciadamente, en Huesca por la Fundación y el Instituto de Estudios Altoaragoneses, y al cuidado de Alberto Gil Novales, de una interesante gavilla de escritos dispersos de Cheyne,

²³ María Rivas Palá: *Archivo de Joaquín Costa. Inventario de los documentos conservados en el Archivo Histórico Provincial de Huesca*, Zaragoza, DGA, 1993.

que con el título de *Ensayos sobre Joaquín Costa y su época*:²⁴ reúne, entre otras cosas, estudios sobre la derrota de Costa frente a Marcelino Menéndez Pelayo en su lucha por el premio extraordinario del doctorado de Filosofía y Letras; la decisiva intervención del aragonés para salvar de la muerte al anarquista catalán Pere Corominas; las dos cartas de Galdós a Costa en 1901; las causas del fracaso de la Unión Nacional y el artículo «Enfermedad y muerte de Joaquín Costa y la tragicomedia de su entierro en Zaragoza».

En la presentación, hace Gil Novales una aseveración que solo puede resultar asombrosa a los que desconozcan la tarea de Cheyne: «Costa se convirtió en el autor español mejor documentado. Algunos de los clásicos o de los grandes literatos del siglo XIX han sido objeto de nuevas y meritorias ediciones, existen abundantísimos estudios sobre ellos, pero creo no equivocarme si digo que ninguno, ni siquiera Cervantes, posee a la vez la laboriosísima y utilísima descripción bibliográfica que le dedicó Cheyne, de obras de Costa y de trabajos sobre Costa, y que fue creciendo de la edición inglesa a la española (de 1972 a 1981)». Además, destaca cómo Cheyne «era el hispanista inglés que más sabía sobre Costa, tras un inmenso y callado trabajo de años».²⁵

Lorenzo Martín-Retortillo elogió este libro, «que cuidó con esmero y prologó con brillantez Alberto Gil Novales»: «la lectura de libros como este, tan jugosos, tan sueltos a la par que rigurosos —son numerosísimas las aportaciones históricas de primera mano—.».²⁶

Entre otras actividades costistas, también publicó en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*²⁷ y dio muchas conferencias: en el Instituto de España en Londres, 1965²⁸; en Nimega²⁹; en Huesca, Zaragoza (el Centro Pignatelli), Graus, la UNED de Barbastro³⁰, la Institución Libre de Enseñanza³¹, el Colegio de Abogados

²⁴ Cheyne, *Ensayos sobre Joaquín Costa y su época*, recopilación por Alberto Gil Novales, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1992 (Fundación Joaquín Costa, 1).

²⁵ He preguntado, en abril de 2011, a Assumpció Cheyne si también le tradujo la biografía y me insiste en que no, que la escribió George directamente, de un tirón. Eso sí, puede suponerse que le haría muchas preguntas, para resolver dudas, y encontrar precisiones.

²⁶ Lorenzo Martín-Retortillo: «Un libro: Ensayos sobre Joaquín Costa y su obra», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 10 (1993), pp. 229-232.

²⁷ Cheyne, «Un original inédito de Costa (“Plan de una introducción al estudio de la revolución española”）」, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. 178, cuad. 1, 1981, pp. 105-156.

²⁸ «Joaquín Costa, una vida frustrada», Londres, 1965.

²⁹ Cheyne, «La Unión Nacional: sus orígenes y fracasos», *Actas del Segundo Congreso Internacional de Hispanistas*, Nimega, 1967.

³⁰ Cheyne, «Joaquín Costa y la educación», *Annales: Anuario del Centro de la Universidad Nacional de Educación a Distancia de Barbastro*, 4 (1987), pp. 7-18. Años más tarde, recordándole tras su muerte, habló Gabriel Jackson de «La vigencia del pensamiento de Joaquín Costa: acto de homenaje al profesor George Cheyne», también recogido en esos *Annales*, 10-11 (1993-1994), pp. 19-26.

³¹ Ver la estupenda necrológica de Lorenzo Martín-Retortillo Baquer: «George J. G. Cheyne (1915-1990)», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 11 (1991), pp. 93-97; del mismo: «George J. G. Cheyne

de Barcelona, el Ateneo de Madrid al presentar la edición de *Obras* de Costa de Editorial Guara; también asistió a varios tribunales de tesis doctorales.

SUS COLABORACIONES ARAGONESAS

George Cheyne era un sabio humilde, como casi todos ellos. Por eso, aunque cada trabajo le suponía un gran esfuerzo por lo exigente que era con todo, aceptó en varias ocasiones escribir para empresas aragonesas en las que, casualmente, yo andaba inmerso. *Andalán*, en 1974 le aludió ya en un artículo no firmado, «Leer a Costa», que mencionaba su biografía, como un «espléndido trabajo», si bien se matizaba que «su biografía política [de Costa] está aún por hacer en la medida en que ignoramos aún muchas cosas del movimiento regeneracionista... y en tanto no sabemos casi nada del republicanismo radical». ³² Luego, andando el tiempo y aumentado la relación, escribió en 1981 un artículo titulado «Costa no fue un profeta», y en 1985 otro, «Escultor de pueblos ¿es guasa?». ³³

Lo mismo ocurrió en la *Gran Enciclopedia Aragonesa*, donde hicimos un tratamiento muy especial de la figura y la obra de Costa, en textos e ilustraciones. Escribieron sobre los aspectos jurídicos Jesús Delgado Echeverría; los estudios lingüísticos, Franchó Nagore; Julio Brioso hizo una biografía del calamitoso hermano Tomás Costa, y yo mismo escribí sobre el costismo en perspectiva histórica. A Cheyne le reservamos la entrada primera y principal, la síntesis biográfica. Se atuvo a las dimensiones, quizá demasiado escuetas en su caso, y me envió un texto preciso, magnífico. El balance, breve pero contundente, era que: «La influencia de Costa fue profunda, y así lo reconocen los mejores intelectos de España, y esto desde muy dispares posiciones filosóficas y políticas; desde Menéndez y Pelayo a Ortega y Gasset, desde Unamuno a Ramiro de Maeztu, la lista es inagotable. Su aportación al conocimiento de su país es un monumento permanente, y fuente perenne de inspiración no solo para los españoles, sino para todos cuantos, sea cual sea su nacionalidad, aman a España. Pero en todo momento Aragón es el foco a través del cual Costa comprende, explica, explora y defiende a España». ³⁴

También asumió la tarea de encabezar y coordinar un didáctico y eficaz cuaderno colectivo de trabajo bajo el epígrafe *¿Por qué fue importante Costa?* ³⁵ en el

y Joaquín Costa», *BILE*, 16 (1993), pp. 41-42; y allí se recogió también una versión del texto de Cheyne sobre «Joaquín Costa y la educación», 16 (1993), pp. 43-56.

³² «Leer a Costa», *Andalán*, 33 (15-I-1974), p. 10.

³³ Cheyne, «Costa no fue un profeta» y «Escultor de pueblos ¿Es guasa?», *Andalán*, respectivamente en n.º 307 (6 de febrero de 1981), p. 11, y 432-433 (1 de agosto de 1985), p. 24.

³⁴ Cheyne, voz «Costa y Martínez, Joaquín», en *Gran Enciclopedia Aragonesa*, Zaragoza, Unali, 1980, t. IV, pp. 969-972.

³⁵ Cheyne (dir.) *¿Por qué fue importante Costa?*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1987 (Cuadernos Altoaragoneses de Trabajo, 7).

cual colaboré, entre otros, abordando por encargo suyo el perfil del economista (él abría el conjunto con una síntesis sobre «La figura humana»); o redactar algunos estupendos prólogos, como el que hizo a la edición del *Justo de Valdediós* por Agustín Sánchez Vidal en 1981 o el que encabezaba mis *Estudios sobre Joaquín Costa* (1989), discreto y generoso.

Porque en 1988, una vez que reuní los textos de cuatro libritos anteriores y una veintena larga de artículos, le escribí y, como cuento en mi introducción, «solicité, con la inseguridad del neófito, deseando que su firma avalase en cierto modo este conjunto de escritos, tan bienintencionados como desiguales» (él calificaría sutilmente esa amalgama de textos como «una obra en que la investigación y el periodismo se dan la mano para realzar la figura de Costa y hacer más accesible su pensamiento»).

Cheyne cuenta allí que nos conocimos personalmente algo tarde, después de presentar en 1982 su bibliografía, «pero ya entonces sabía de él, de su apego a su tierra (como demostró *Andalán*) y de su devoción por Costa, en quien veía las mejores cualidades de Aragón». Encontró en mi compendio dos aspectos que le gustaron mucho: incorporar junto a los libros sobre Costa la multitud de artículos, con frecuencia en publicaciones de difícil alcance; y haber insistido en la importancia del legado de Costa y los Archivos.

MÁS CARTAS

Una muestra más de su cuidado al recoger los datos está en una de sus últimas cartas, del 21 de mayo de 1990, en que me decía: «Te escribo con cierta prisa —pero con el cariño de siempre— para ver si me puedes facilitar algunos detalles que me son muy difíciles de encontrar aquí; se trata de poner fechas de nacimiento o de muerte a los señores cuyos nombres apunto más abajo. Casi todos (menos el primero), tienen que ver, creo, con Aragón. Esos detalles los necesito con cierta urgencia para poder dar fin a las Notas (¡en número de 395!) que requiere el Epistolario Costa-Altamira y que tengo ahora concluido. Sería una alegría poder publicarlo en 91 como un recuerdo más de este gran hombre que habrá muerto hace 80 años justos, pero cuyo espíritu —en ti y en mí por lo menos— aún pervive».

Su visión sobre el asunto de los Archivos, y de la firma de adscripción de la Fundación al Instituto de Estudios Altoaragoneses —de que me ocupé—, fue siempre claramente favorable. Así me lo hacía saber en otra carta suya de diez de junio de 1990: «Tu carta de 27.5.90, muy interesante, y el documento dirigido a tu amigo y presidente, Marcelino Iglesias, han plegado sin dificultad y me han dado mucho que pensar, sobre todo después de lo que me dijiste por teléfono. Con tal de elaborar más sobre el asunto (esperamos ir a España en otoño y hablar

contigo) me inclino a favorecer la idea de microfilmear todo lo de Graus y guardar lo filmado en el AHP de Huesca. Creo que eso sería más aceptable a José María».

En cuanto a la Fundación, escribe: «¿No te parece que sería prudente y bien pensado confiar la FJC al Instituto de Estudios Altoaragoneses o fusionar los dos organismos? El IEA podría entonces devenir el centro de estudios sobre Costa —algo que hacía falta desde hace años— e incluso podría arreglar y vigilar la publicación de la Obra de Costa... En cuanto al Museo, no sé qué pensar; pero es evidente que Graus (excepto por la conferencia anual) hace poco para fijar la atención de la gente que pasa por Graus. Si no fuera cosa seria, tu comentario y comparación de lo que hacen (o no hacen) en Graus y Monzón, me haría sonreír».

Y, finalmente, añade: «Estoy plenamente de acuerdo contigo en cuanto a la importancia del 80 aniversario de la muerte de Costa. Mi ofrenda será el Epistolario de Costa y Altamira si logro dar prisa a los que han prometido ayudarme. Otras cosas se harán después, si la salud aguanta».

A finales de noviembre de ese mismo año 1990 en que iba a morir, me escribía Assumpció Vidal, su fidelísima compañera y esposa, dejando entrever esperanzas de una rápida recuperación: «Jorge me encarga que conteste tu carta de 5 de noviembre... que escribiste con el buen propósito de darle ánimos y que desde luego lo ha conseguido. Me apresuro a decirte que Jorge está en casa —me lo llevé de la clínica el día 15 y desde la crisis del día 5 no ha dejado de rehacerse. Está aún muy débil (por eso me encarga te escriba yo) pero anda con el “taca-taca” y con los “bastones ingleses”. Hoy ha bajado a su despacho y está mirando cartas, periódicos y revistas. Pero no puede parar atención muy sostenida en nada, porque se agota. Pero basta de historias tristes, aunque no cabe duda de que la conclusión ha de ser feliz. Tan feliz que aún no está descartado un viaje a Huesca para febrero, cuando quizá se presente el Epistolario Altamira-Costa. Y para entonces piensa echar un discursito, aunque sea corto... Una cosa sí que parece gozosa de lo que dices: la idea de tener unas semanas al año con el uso de un pequeño apartamento en Huesca. La contestación es un casi infantil, “Yes, please!”».³⁶

TRAS SU MUERTE

La noticia de la muerte de George Cheyne despertó un lógico eco... y la sensación de no haber aprovechado colectivamente para decirle en vida lo que de tan poco sirve, muerto ya, salvo para consolarnos a nosotros mismos. La fina pluma de Antón Castro definió a este «pionero generoso y sagaz», explicando cómo, «quizá bajo su porte majestuoso y su contención estrictamente británica, inclinado hacia la

³⁶ Esa idea de ofrecerles una breve estancia en Huesca cada año se me había ocurrido como estímulo a sus viajes, y había resultado plausible, por lo que recuerdo, a la dirección del IEA.

elegancia y la medida», Cheyne podía ser un descendiente de George Borrow, de Richard Burton, de Gerald Brenan, de Ronald Frazer. En efecto, como todos ellos, acudió tempranamente a España, donde estuvo en plena II Guerra Mundial, en 1941, descubriendo un mundo que le atrajo profundamente, pensando primero en estudiar a San Juan de la Cruz y volviendo pronto la mirada al tan desconocido Joaquín Costa.

En Graus, poco después, ya va dicho, hubo un solemne acto, ese inmediato 8 de febrero de 1991, 80 aniversario de la muerte de Joaquín Costa, y día en que felizmente cuajaba el encuentro de la Fundación Joaquín Costa con el Instituto de Estudios Altoaragoneses de la Diputación Provincial de Huesca. Esa alegría se empañaba con el luctuoso recuerdo al más importante estudioso del polígrafo altoaragonés, sin cuya obra y cuyo magisterio nos hubiera sido totalmente imposible trabajar a sus discípulos.

Alberto Gil Novales, que se pondría a la tarea de completar y publicar sus textos póstumos, escribía: «Además de hombre de bien y demócrata convencido, Cheyne fue hispanista, benemérito hispanista, al que España debe mucho... Pero hemos perdido lo más importante: el hombre, y el aliento de una vida generosa y sencilla, entregada toda ella a desvelar, desde una posición humanista, la trama de la historia española en el cruce entre los siglos XIX y XX».³⁷

Otra pluma feliz, la del importante estudioso de Costa, mi colega universitario Agustín Sánchez Vidal, le ha descrito así: «Explicar cómo un extranjero se tomó por un español olvidado molestias que sus compatriotas rehuían e incluso obstaculizaban, solo es posible si se considera que Cheyne no era exactamente un extranjero. Pertenecía a esa raza de hispanistas en trance de extinción cuyo amor a lo nuestro estaba a menudo por encima de cualquier correspondencia o expectativa... Se encontraba tan a gusto aquí que no ocultaba su orgullo cuando le llamaban Jorge, quizá como un eco de aquel otro George —Borrow— a quien los andaluces terminaron conociendo como Don Jorge, el inglés».³⁸

El Instituto de Estudios Altoaragoneses, al que se había vinculado progresivamente, le ha dedicado varios trabajos. En 1993 su compañera y colaboradora, la entrañable Assumpció, vendía al Gobierno de Aragón el fondo bibliográfico especializado de su difunto esposo, del que tanto y tan bien se había servido en sus trabajos: hoy es consultable en el Instituto Bibliográfico de Aragón, en la zaragozana calle del Doctor Cerrada. Contiene setecientos volúmenes cuyo mayor valor es su homogeneidad: obras de autores coetáneos de Costa, y ensayos de españoles y extranjeros sobre España. Además, un centenar de títulos de raras ediciones de Costa y sobre Costa fueron donados generosamente al Archivo Histórico Provincial de Huesca.³⁹

³⁷ Alberto Gil Novales, art. cit., pp. 11-12.

³⁸ En *El Periódico de Aragón* (3-I-1991).

³⁹ María Rivas Palá: «La biblioteca de George J. Cheyne», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 10 (1993), pp. 219-220.

Así es, así fue, y creo de justicia decir con bien distanciada perspectiva que, sencilla y llanamente, este gran hispanista inglés, Cheyne, ha sido el mejor de todos los estudiosos de la vida y la obra de Joaquín Costa. En otras latitudes hubiera merecido que Cheyne tuviera un reconocimiento público mucho más resonante que el que aquí ha tenido en vida. De una parte, por lo económicamente ingrato de su tarea, obsesiva, incansable, con muchos gastos de su propio bolsillo, aunque consiguiera algunas ayudas institucionales de su universidad o de otras fundaciones.

Consejero de Honor de la Institución Fernando el Católico, desde 1983, en junio de 1984 recibió la primera medalla de Santa Isabel, que creaba ese año la Diputación Provincial de Zaragoza. Un par de años antes Cheyne me confió su soledad, la lejanía que sentía de Aragón, particularmente desde que desapareció *Andalán*, que le llevaba semanalmente alientos de esta tierra que consideraba su segunda patria. Hice algunas gestiones, con las instituciones de cultura de las tres diputaciones, que se apresuraron, es justo decirlo, a enviarle lotes de libros. Más que la materialidad de los paquetes, lo que necesitaba era la sensación humana de que alguien, al otro lado, le conocía y estimaba, a él que lo merecía tanto.

Como consecuencia de aquellas gestiones, surgió una iniciativa que me alegró sobremanera. El concejal del Ayuntamiento de Zaragoza, Antonio Piazuelo, me pidió que le hiciera un informe con el que proponer a Cheyne para una de las medallas de la ciudad que se otorgan cada año para el Pilar. Algún tiempo después hubo de explicarme que no pudo ser, que hubo otras candidaturas con más fuertes defensores, yo creo que con muchos menos méritos. Creo recordar que en cierta ocasión también fue propuesto, sin éxito, para uno de los Premios Aragón, de la Diputación General de Aragón: en los olvidos llevan la penitencia.

En Graus le han dedicado una oscura calle que casi todo el mundo sigue denominando con el nombre antiguo; en Barbastro han dado su nombre a la biblioteca de la sede de la UNED. Por su parte, a mediados de 1989, el Ministerio de Cultura, a instancias de la Fundación Joaquín Costa y los ayuntamientos de Graus y Monzón, le concedió la medalla de plata al Mérito en Bellas Artes, curiosa denominación para un gran estudioso, en realidad, de las Ciencias Sociales, donde quizá no había un resquicio para ese reconocimiento. Y que, por cierto, compartió con una de las grandes figuras de la literatura árabe, el poeta y escritor iraquí Abdel-Wahhab Al Bayati, por diez años consejero cultural de Irak en Madrid y director del Centro Cultural de ese país en España, autor de más de una decena de libros traducidos al español.

Como ha escrito Lorenzo Martín-Retortillo, «todos los que en España han hecho algo serio sobre Joaquín Costa después de Cheyne han recibido siempre sus delicadas advertencias, sus sugerencias, el ofrecimiento de indicaciones, el obsequio

de la referencia a originales o inéditos. La donación graciosa del profesor que disfruta sabiendo que otros van a continuar lo que él ha iniciado o entrevisto».

El homenaje que la Fundación Joaquín Costa le tenía preparado en las páginas del número 7 de sus *Anales*, se convirtió en póstumo.⁴⁰ Cuando le fue anunciado, en su respuesta reflejaba su sinceridad habitual: «Sería falso pretender que no me halaga su propósito, que tiene además la virtud de animarme, pese a no gozar de buena salud, a continuar otros proyectos, entre los cuales debiera incluirse el rescate de la Obra Completa de Costa».

⁴⁰ Una serie de breves aportaciones conformaron el «Homenaje al profesor G. J. Cheyne», *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 7 (1990). El dossier está redactado por Alfonso Ortega Costa, José María Auset Viñas, Josep Fontana —de quien se reproduce parte de su prólogo a la biografía de Costa—, Gloria Medrano y, páginas después, Lorenzo Martín-Retortillo Baquer.

EL ESTUDIO BIBLIOGRÁFICO DE LA OBRA DE JOAQUÍN COSTA DE CHEYNE

JOSEP FONTANA

Quien quiera valorar adecuadamente lo que Cheyne ha aportado al estudio y conocimiento de la vida y la obra de Costa no puede limitarse a esta biografía, sino que debe acudir a su *Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa*. La magnitud del trabajo en que se basa aquel volumen da la justa medida de su esfuerzo y dedicación. Desenmarañar las referencias sobre los escritos de Costa y seguir la pista de sus rastros no era una tarea sencilla, y ni siquiera ahora se puede dar por completamente acabada.

Cheyne catalogó cuatrocientos cincuenta artículos de prensa, y confesó que la tarea seguía abierta. Hoy mismo le traigo al amigo Eloy la fotocopia de dos artículos que no están en las listas de Cheyne. Uno de ellos, «Lotería nacional», se publicó en *Heraldo de Aragón* el 2 de enero de 1899 —les había llegado demasiado tarde para incluirlo en la edición del primero de enero— y es de un interés limitado. No así el segundo, que apareció en *El Liberal* el 18 de octubre de 1898 y que es la respuesta a una encuesta a las personalidades de la sociedad civil sobre la situación del país. De Costa, a quien se nos presenta como presidente de la Cámara Agrícola del Alto Aragón y miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, nos dice el periodista haberle sorprendido «escribiendo un libro sobre el tema *Muerte y resurrección de España*».

Costa parte con una condena de la situación del país: «La España antigua está muerta. Una sociedad que se deja clavar en el madero como se ha dejado la nuestra, sin proferir un grito, donde no han tenido voz más que los políticos y patriotas de café cantante, que desafiaban gallardos desde seguras tribunas el peligro *yankee*; que ha contemplado impasible, sin que se le humedecieran los ojos, ni se le crispasen los puños, ni se le levantara el pecho, aquel inmenso crimen de Cuba, ¿con qué razón pretendería hacerse pasar por viva en el registro civil de las naciones que toman parte activa en la formación de la historia contemporánea y aspirar a una regeneración, sin que Cristo vuelva a la tierra a repetir el milagro de Lázaro?».

Tras lo cual pasa a exponer sus ideas de regeneración que condensa en tres puntos: «Hacer libre al pueblo español, que es esclavo; elevar su cultura, que es cuasi africana y, si es preciso, crear la disciplina social». Este programa político se desarrolla después con amplitud, en un texto que viene a ser un programa completo de actuación reformista, donde en ocasiones se escapa hacia algunas de sus preocupaciones aragonesas, como cuando señala que «con lo que gastaba cada día aquel ejército [en Cuba] se hubiera podido terminar el canal de Tamarite en doce o quince días, se hubieran podido construir los dos grandes canales del Cinca en un mes, y variar el suelo de España en un trimestre».

Volviendo a la bibliografía de Cheyne, pienso que no le hemos sacado todavía todo el provecho posible. Y lo digo pensando en algo que quisiera plantearles a mis amigos aragoneses. Pienso que urge poner al alcance del público una edición de la obra fundamental de Costa. No estoy pensando en términos de «Obras completas», que solo aprovechan a la erudición, sino en una edición de «Obras esenciales», que reúna libros, folletos, artículos y discursos que puedan darnos una muestra cabal del pensamiento del gran aragonés, sin distinción de materias, porque en Costa las preocupaciones en torno al derecho, a la agricultura o a la política responden a un proyecto global, pero con una ordenación cronológica, que permita ver la evolución de su pensamiento y nos ayude a combatir las confusiones de que con frecuencia ha sido víctima por parte de quienes intentaban utilizarlo para sus propios fines.

No estoy hablando de un proyecto costoso, posiblemente lo sea menos que alguna de las ceremonias al uso de colocación de placa y discurso del político de turno, puesto que me parece que bastaría para llevarlo a cabo, contando como contamos con la bibliografía de Cheyne para orientar el trabajo, con un par de becarios dirigidos por un buen conocedor del pensamiento de Costa, y a mí no se me ocurre nadie mejor que Eloy, para reunir los textos que podrían irse publicando a medida que se completase su compilación.

Porque Costa no es solo una referencia del pasado que debemos contentarnos con celebrar, sino un hombre que vivió pegado a su tierra y a los hombres y mujeres de su tiempo, y que supo ver y entender sus problemas, de modo que en lo que escribió acerca de los males que denunciaba y de las propuestas que hacía para remediarlos queda todavía mucho que puede servir para enfrentarnos a los males de hoy, que no son pocos.

Este me parece que sería el mejor homenaje que podríamos hacerle en este centenario.



C. S. I. C.

